

Redes familiares y patronazgo

Aproximación al entramado social del
País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen
(siglos XV-XIX)

José María IMÍZCOZ (director)

eman la zabal zazu



Universidad
del País Vasco
servicio editorial

Euskal Herriko
Unibertsitatea
argitalpen zerbitzua

CIP. Biblioteca Universitaria

Redes familiares y patronazgo : aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX) / José María Imízcoz (director). — Bilbao : Servicio Editorial. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 2001. — 301 p. ; 23 cm. — (Historia Medieval y Moderna)

D.L.: BI- 2544-01

ISBN: 84-8373-390-0

1. País Vasco - Condiciones sociales - Discursos, ensayos, conferencias 2. Navarra - Condiciones sociales - Discursos, ensayos, conferencias

946.015"14/18"

946.016"14/18"

Foto de portada: D. Martín de Elizacochea (1679-1756), natural de Azpilcueta (Valle de Baztán), obispo de Durango (1736-1745) y de Valladolid de Michoacán (1745-1756), México. Retrato conservado en la casa Gastón de Iriarte (Iruñeta, Valle de Baztán). Foto: Raúl Fijo

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 84-8373-390-0

Depósito legal/Lege gordailua: BI - 2544-01

Fotocomposición/Fotokonposizioa: Ipar, S. Coop.
Particular de Zurbarán, 2-4 - 48007 Bilbao

Impresión/Inprimatzea: Itxaropena, S.A.
Araba Kalea, 45 - 20800 Zarautz (Gipuzkoa)

IX

Patronos y mediadores. Redes familiares en la Monarquía y patronazgo en la aldea: la hegemonía de las elites baztanesas en el siglo XVIII

José María IMÍZCOZ

Universidad del País Vasco¹

En septiembre de 1752, campesinos de la pequeña aldea baztanesa de Azpilcueta traían «a lomo de los vecinos del lugar»², desde Pamplona y franqueando todo el puerto de Velate, la talla de su santo patrón, San Andrés, la cual, «por su grandor y volumen», no se había podido transportar con caballerías. Se trataba de una escultura de gran formato que, junto a otras dos, una de Nuestra Señora del Rosario y otra de Santa Bárbara, venían desde Madrid, donde las había esculpido Luis Salvador Carmona, el mejor escultor de la corte, bajo la dirección de un baztanés influyente, don Miguel Gastón de Iriarte. Estas esculturas estaban destinadas al retablo central de la nueva iglesia parroquial de Azpilcueta, que se acababa de construir entera, gracias a la generosa financiación de otro personaje baztanés, don Martín de Elizacochea, obispo de Valladolid de Michoacán, en México, que era cuñado de dicho don Miguel y que también había prosperado, como muchos otros parientes y paisanos, en el vasto marco de la Monarquía borbónica.

La nueva iglesia de Azpilcueta se inauguraría con toda pompa veinte días después. La casa y familia del benefactor estuvieron en todo momento en el centro de una celebración a la que «concurrió la mayor parte de la clerecía, Parientes de Vuestra Señoría Ilustrísima y toda la gente principal y mucho [concurso] del Valle y fuera de él, [como no] se ha visto en estas montañas»³. En la pequeña aldea prevalecía la gratitud hacia su bienhechor, o, al menos, así se lo daban a entender sus

¹ Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación UPV 156.130-HA029/98 sobre «Las elites vasco-navarras en la Monarquía borbónica».

² Archivo de la casa Gastón de Iriarte (ACGI), Irurita, Valle de Baztan, cuya consulta ha sido posible gracias a la amabilidad de D. Gaspar Castellano de Gastón. Carta de Antonio Gastón de Iriarte (Errazu, Valle de Baztan) a don Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 5 de diciembre de 1752.

³ *Ibid.*

parientes: «la gente está muy contenta y agradecida de lo mucho que hace Vuestra Señoría Ilustrísima por su Patria»⁴.

La descripción de estas escenas en una serie de cartas que escribió al obispo su cuñado Antonio Gastón de Iriarte permite plantear bajo un nuevo día el significado de aquel patrocinio. No solamente la importancia de las donaciones que llegaron al país desde diversos ámbitos del Imperio, sino el significado social y político que tuvo para esa sociedad. Al fin y al cabo, ¿la hegemonía de los poderosos no tenía una base social, no se apoyaba también en un particular y desigual intercambio de servicios y prestaciones con sus paisanos?

PODER COMO DOMINACIÓN VS. PODER COMO RELACIÓN: ALGUNAS REFLEXIONES HISTORIOGRÁFICAS

La cuestión del poder de las elites en la comunidad ha sido tradicionalmente una de las más difíciles de plantear de forma global y equilibrada, al hallarse, consciente o inconscientemente, en el centro de los debates ideológicos de la Modernidad y de sus inevitables juicios morales. Para ser satisfactorio, el análisis y enjuiciamiento del poder debería de tener en cuenta sus diferentes dimensiones y ser capaz de sintetizarlas con rigor.

En Sociología como en Historia, se han planteado, desde el siglo XIX, dos grandes concepciones del poder. La primera lo considera como una consecuencia de las estructuras sociales que distribuyen los recursos de forma desigual entre los grupos; la segunda, desde un enfoque microsociológico, lo trata como una relación, como una interacción entre grupos e individuos.

Las teorías estructurales del poder sitúan el origen de éste en los mecanismos sociales que permiten a ciertos grupos privilegiados ejercer su dominación sobre la sociedad. Según este paradigma, cuya fuente principal se halla en la obra de Marx, el poder político sería la expresión de las relaciones sociales de producción y el instrumento de la dominación de una clase sobre otra. Las teorías relacionales del poder se inspiran principalmente en Max Weber, quien define el poder como «la probabilidad de que un actor sea capaz de imponer su voluntad en el marco de una relación social, a pesar de las resistencias eventuales y cualquiera que sea el fundamento sobre el que repose esa eventualidad». Esta concepción pone el acento en los aspectos relacionales del poder, que implican la posibilidad de ciertos individuos o grupos de actuar

⁴ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a don Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de junio de 1751.

sobre otros en una relación de poder consciente. Desde este punto de vista, no se dispone de poder sino con respecto a otros y son, por lo tanto, los otros quienes hacen efectivo un poder dado, en la medida en que es pertinente en la relación de que se trate⁵.

La historia del poder como dominación tuvo un notable desarrollo en el contexto de la «historia económica y social» que resultó dominante en la historiografía europea de los años 1960, y en la española de los años 1970 y aún después. Este modelo se aplicó en el País Vasco y Navarra de una manera un tanto mecánica, ya que, si esta historiografía contribuyó a explorar las bases materiales del poder, éste quedaba reducido al resultado más o menos automático de una posición económica. En esta perspectiva, las elites y la comunidad tendían a ser tratadas como dos cosas diferentes y separadas —una oligarquía o bloque de poder y una comunidad de iguales o semejantes (el campesinado, las clases populares)—, reduciendo las relaciones entre ambas a las imposiciones de la oligarquía «desde arriba» y a las resistencias populares «desde abajo».

Sin embargo, tras décadas en que dichas concepciones del poder parecían irreconciliables, en el contexto de las luchas ideológicas de la segunda mitad siglo XX, en los últimos años se han buscado acercamientos y síntesis de diverso calado. Desde el punto de vista no tanto teórico sino empírico, este acercamiento se ha producido particularmente en las investigaciones centradas en las relaciones entre los poderosos y los dependientes, concretamente en los estudios sobre las relaciones de patronazgo y clientela. Por esta vía, a los análisis tradicionales de la oligarquía como grupo de familias en el poder, soldado mediante sus alianzas intraoligárquicas, se ha añadido más recientemente la exploración de los vínculos verticales entre los poderosos y los inferiores: la protección, distribución de recursos y recompensas que podían prestar los poderosos, y los servicios y lealtades que éstos movilizaban a su favor en el campo social y en sus rivalidades por el poder.

Como ha observado E.P. Thompson, «las clases dominantes han ejercido la autoridad por medio de la fuerza militar, e incluso la económica, de una manera directa y sin mediaciones, muy raramente en la Historia, y sólo durante cortos períodos»⁶. En este sentido, Ignacio Aienza ha puesto de relieve que la dominación de los poderosos se ejercía normalmente no por la imposición y la fuerza, sino mediante lo que él llama «los mecanismos ordinarios» de la dominación, propios

⁵ F.-X. MERRIEN, «La sociologie politique», en J.P. DURAND y R. WEIL (dir.), *Sociologie contemporaine*, Paris, Vigot, 1989, pp. 424-425.

⁶ E.P. THOMPSON, «Folklore, antropología e Historia social», *Historia Social*, n.º 3, 1989, p. 88

del patronazgo clientelar: mediante la entrega de gracias y mercedes, protegiendo, prestando favores y ventajas, recompensando servicios y lealtades, ejerciendo un variado mecenazgo, buscando la integración y el entendimiento, pero recurriendo a la coacción y a la violencia cuando era necesario⁷.

Desde los valores de la ideología igualitaria contemporánea, la Sociología y la historia tradicional de los grupos sociales han tendido a considerar la desigualdad social como separación, o a no ver en ella más que relaciones de dominación. En primer lugar, una historia global no puede interpretar el poder desde un solo valor y, en este sentido, la desigualdad puede suponer tanto «dominación» como «protección». Así lo entendieron autores como Baltasar Gracián: «esta es la ventaja de mandar: poder hacer más bien que todos los demás»⁸. Pero, sobre todo, en la sociedad del Antiguo Régimen la desigualdad social no se expresaba tanto como separación sino mediante estrechos vínculos personales de dependencia, en una sociedad basada en relaciones de paternalismo y deferencia, de autoridad y de subordinación. De hecho, la propia desigualdad constituía la base misma de intercambios verticales desiguales, de una específica economía que podía cobrar diferentes significados, desde los más estrechos intercambios de patrocinio y de servicio, de liberalidad y de agradecimiento⁹, hasta las más aborrecidas imposiciones, abusos y sumisiones. Estas relaciones articulaban de forma privilegiada el entramado social, vehiculaban muy diversas prácticas e intercambios, y conocían un amplio abanico de posibilidades, desde lo legítimo y admitido hasta el abuso y la condena, desde la cooperación y la concordia hasta el descontento y el conflicto.

En realidad, ésto sólo se puede entender plenamente en los contextos grupales propios de aquella sociedad. La protección o ayuda de los poderosos no se extendía genéricamente a todos los inferiores, sino a aquellos con quienes mantenían relaciones privilegiadas. Hay que tener en cuenta, en efecto, el carácter grupal o clientelar que ha solido tener el poder en la articulación de los actores sociales y políticos en el Antiguo Régimen y después. Estas configuraciones han condicionado

⁷ I. ATIENZA HERNÁNDEZ, «Consenso, solidaridad vertical e integración versus violencia en los señoríos castellanos del siglo XVIII y la crisis del Antiguo Régimen», E. SARASA y E. SERRANO (eds.), *Señorío y Feudalismo en la Península Ibérica (ss. XII-XIX)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1993, vol. II, pp. 276-279; P. SÁNCHEZ LEÓN, «Aspectos de una teoría de la competencia señorial: organización patrimonial, redistribución de recursos y cambio social», *Hispania*, LIII/3, n.º 185, 1993, pp. 885-905.

⁸ Baltasar GRACIÁN, *Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid, CSIC, 1954, (primera edición: 1647), aforismo n.º32.

⁹ A.M. HESPAÑHA, *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1993, pp. 151-176.

mucho la forma en que los diferentes actores han considerado la autoridad. Generalmente, se acepta mal el poder de los otros y se bendice el de los propios, ya que el poder de los otros, sobre todo si son enemigos, es concurrente y fuente potencial de perjuicios, mientras que el poder de los propios es fuente de bienes, protección y recompensa, aunque se torne en justo castigo para los traidores. Esta dimensión grupal del poder, básica, ha estado muy presente en nuestra historia desde las guerras de bandos medievales, y, sin embargo, no se ha tenido apenas en cuenta.

Por último, para entender mejor el poder es necesario recuperar, en la medida de lo posible, el modo en que lo veían los propios actores sociales, sobre todo si aceptamos que son los otros quienes hacen efectivo un poder dado. Para ello es necesario conocer su economía moral. El poder no era solamente «potestas», sino también «auctoritas», una influencia moral basada en el prestigio. Los diferentes vínculos sociales del Antiguo Régimen comportaban unas pautas o reglas, una economía moral que formaba parte de la propia costumbre o idiosincrasia, que legitimaba y delimitaba al mismo tiempo la autoridad. Su análisis debería permitir al historiador plantear todo lo referente a la legitimidad del poder, y valorar lo que era legítimo o, al contrario, abuso, no en abstracto, o con respecto a nuestros valores, sino respecto a las propias pautas de cada relación, esas normas y prácticas que servían a los actores sociales de código de valores y de modelo de referencia de su propia economía moral¹⁰.

Pero el problema no es sólo de dificultad para conceptualizar equilibradamente dimensiones en apariencia tan encontradas. Las propias fuentes que el historiador utiliza delimitan su campo de visión y limitan las dimensiones que llega a observar. Así, por ejemplo, los pleitos de los tribunales han revelado tradicionalmente el peso del poder, sus arbitrariedades y abusos, así como las quejas y resistencias (aunque también las articulaciones verticales y el conflicto como pugna entre solidaridades grupales enfrentadas). Los documentos que manejamos a continuación revelan otras dimensiones, muy poco exploradas aún por nuestra historiografía y, por lo tanto, especialmente necesarias. Se trata, sobre todo, de cartas entre miembros de algunas de las familias principales de la comunidad. Los hechos a que se refieren nos sitúan ante el buen gobierno, el patrocinio y la donación de los poderosos, y ante el agradecimiento de la comunidad.

Por un lado, revelan, desde dentro, lo que podríamos llamar «el intradiscurso patricio»: el modo en que las elites gobernantes se veían a

¹⁰ J.M. IMÍZCOZ, «Comunidad, red social y elites. Un análisis de la vertebración social en el Antiguo Régimen», en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Elites, poder y red social*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996, p. 29.

sí mismas, su mentalidad patricia, cómo se consideraban cabezas de la comunidad, benefactores y garantía o condición para el buen gobierno de ella. Como tal hay que tratarlas. Pero también van más lejos y hablan de patrocinio y de deferencia, del recurso de los inferiores a la ayuda y a la mediación de los poderosos, así como de las contrapartidas y exigencias que comportaba aquella política del don.

Más allá de las palabras, los propios hechos y las reacciones de gratitud y de deferencia de los dependientes revelan factores de la estabilidad del poder de las familias gobernantes en la comunidad: los servicios, intercambios y expectativas que contribuyeron a sustentar un sistema de gobierno y a unas elites gobernantes durante tanto tiempo, a no ser que se atribuya ésto exclusivamente a la fuerza de los poderosos y a la pasividad e ignorancia de la plebe. Por las mismas razones, el análisis de esta información requiere un tratamiento crítico, sin el cual el historiador contribuiría, aunque sólo fuera inconscientemente, a la celebración de los poderosos, reproduciendo su intradiscurso y cantando alabanzas, como ha sido habitual, del mecenazgo artístico o de la generosidad de indianos y benefactores.

En el caso que nos ocupa, interrogarse sobre las bases sociales del poder tiene un interés añadido. En el Valle de Baztan, como en otros territorios del mundo rural vasco cantábrico, no se dio un señorío feudal (salvo enclaves ajenos a la comunidad de vecinos) o formas generalizadas de dependencia económica (al menos hasta la multiplicación del arrendamiento en el siglo XVIII), de tal modo que se pueden observar las bases del poder con elementos que van más allá de la evocación clásica de la dominación económica y señorial¹¹. Además, este caso revela con una fuerza especial el peso de la Monarquía como fuente de poder local.

1. LOS EFECTOS DE «LA HORA DEL XVIII» EN LA COMUNIDAD

La participación de las elites vascas y navarras en las estructuras de la Monarquía borbónica fue un elemento decisivo en la renovación política y social de las comunidades locales, especialmente en territorios como los valles del noroeste de Navarra, las Encartaciones de Vizcaya, el valle alavés de Ayala, el valle guipuzcoano de Oyarzun, y otros pueblos

¹¹ J.M. IMÍZCOZ, «Comunidad de Valle y feudalismo en el Norte de la Península: algunas preguntas desde el Valle de Baztan», en E. SARASA y E. SERRANO (eds.), *Señorío y Feudalismo en la Península Ibérica (ss. XII-XIX)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1993, vol. III, pp. 69-86; J.M. IMÍZCOZ y A. FLORISTÁN, «La comunidad rural vasco-navarra: ¿un modelo de sociedad?», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1993, XXIX, (2), pp. 193-215.

y villas donde aquel fenómeno fue especialmente relevante. Desde finales del siglo xvii, un nutrido grupo de baztaneses ascendió a posiciones importantes en la corte, la alta Administración y las finanzas reales y, desde ellas, aquellos personajes introdujeron y patrocinaron a sus parientes de las generaciones siguientes en los negocios familiares y en prestigiosas carreras burocráticas, militares y eclesiásticas, tanto en la Península como en las Indias¹². Aquella política sostenida de carreras en el ámbito de la Monarquía reportó notables beneficios económicos, honoríficos y políticos a sus casas nativas durante varias generaciones y fue un punto de apoyo decisivo para su posición hegemónica en el país a lo largo de los siglos xviii y xix.

Aunque J. Caro Baroja atrajo la atención, hace ya muchos años, sobre la importancia de esta cuestión¹³, nuestra historiografía no se ha planteado suficientemente cuáles fueron las consecuencias de aquella «hora del xviii» para los lugares de origen. De hecho, los abundantes estudios sobre la emigración de vascos y navarros a América han tenido muy escasa incidencia para la historia social del país. Los trabajos más recientes sobre la emigración¹⁴ han dado un paso al constatar la importancia de la llegada de remesas de América, pero no han abordado sus efectos en las comunidades de origen, su significado económico, social y político. Por su parte, las investigaciones de los historiadores del Arte, a pesar de notables resultados¹⁵, se han limitado, salvo excepciones, a proporcionar listas de donaciones con un afán esencialmente

¹² J.M. IMÍZCOZ y R. GUERRERO, «A escala de Imperio. Familias, carreras y empresas de las elites vascas y navarras en la Monarquía borbónica», en este mismo libro; *Ibid.*, «Familias en la Monarquía. La política familiar de las elites vascas y navarras en el Imperio de los Borbones», en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Casa, familia y sociedad* (en prensa); J.M. IMÍZCOZ, «De la corte a la aldea y de España a América: las redes familiares de los baztaneses en el imperio de los Borbones», en F.X. GUERRA y J. POLONI-SIMARD (eds.), *Actores y conflictos en las ciudades de la Monarquía hispánica (siglos xvi-xx)*, (en prensa).

¹³ J. CARO BAROJA, *Introducción a la Historia social y económica del pueblo vasco*, San Sebastián, Txertoa, 1974, pp. 51-71.

¹⁴ J.M. ARAMBURU y J.M. USUNÁRIZ, «De la Navarra de los Austrias a la hora navarra del xviii» en J. ANDRÉS-GALLEGO (coord.), *Navarra y América*, Madrid, 1992; J.M. USUNÁRIZ, *Una visión de América en el siglo xviii*, Madrid, Mapfre, 1992; J.M. ARAMBURU ZUDAIRE, *Vida y fortuna del emigrante navarro a Indias (siglos xvi y xvii)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.

¹⁵ P.L. ECHEVERRÍA GOÑI, «Mecenazgo y legados artísticos de indianos en Navarra», *Segundo Congreso General de Historia de Navarra*, Príncipe de Viana, anejo 13, 1991; M.^a C. GARCÍA GAINZA (dir.), *Catálogo monumental de Navarra*, V*, *Merindad de Pamplona*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994; M.^a C. GARCÍA GAINZA, «El retablo cortesano», *El Arte en Navarra*, Pamplona, 1994, t.II; J.J. AZANZA LÓPEZ, *Arquitectura religiosa del barroco en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998; J.M. GONZÁLEZ CEMPELLÍN, *América en el País Vasco*, Vitoria-Gasteiz, 1993; A. MATEO, «Alaveses en Indias: su repercusión social y artística en Álava», en R. ESCOBEDO, A. DE ZABALLA, O. ÁLVAREZ-GILA (eds.), *Álava y América*, Vitoria-Gasteiz, 1996, pp. 110

descriptivo. La percepción de los efectos de aquellos flujos en el país se ha hecho más evidente en los estudios sobre las familias de las elites y las comunidades locales, como muestran, entre otros, los trabajos de J. Arpal Poblador sobre los Garagarza de Elgoibar, de J. Urrutikoetxea sobre Irún, o de F. Martínez Rueda sobre las Encartaciones de Vizcaya¹⁶. Sin embargo, es evidente que aún queda mucho por explorar en este sentido.

El estudio de una comunidad como el Valle de Baztan¹⁷ muestra que, allí donde se produjo con intensidad, aquel fenómeno tuvo mayores consecuencias para la transformación del país de las que se han podido plantear hasta ahora. De un modo general, nuestra historiografía ha desatendido las relaciones entre las elites vascas y la Monarquía hispánica, cuando la vía de la Monarquía fue un elemento central de la formación y renovación de las elites vascas desde finales de la Edad Media. La historia de las villas guipuzcoanas de los siglos XVI y XVII¹⁸, o el estudio de las elites vascas del siglo XVIII muestran hasta qué punto los cargos al servicio del rey, el enriquecimiento en negocios a la sombra de la Corona y la capitalización en el comercio colonial fueron una base principal de la renovación de las hegemónías en el país.

En el caso de los baztaneses, la mayor parte de los personajes de la «hora navarra del XVIII» provenían de simples casas campesinas para las que aquel proceso supuso una gran promoción en el seno de la comunidad local. Las carreras en el ámbito de la Monarquía conllevaron un flujo de capitales hacia el país mucho más importante de lo que hasta ahora se ha creído. Las ayudas a la casa y familia no llegaban solamente mediante herencias y fundaciones, en el momento de la muerte del «emigrante», o, de manera episódica, como remesas excepcionales, como han hecho creer los testamentos y las cartas sueltas que han manejado hasta ahora las historias de la emigración. La correspondencia epistolar y los libros de cuentas de estas familias revelan que se practicó una ayuda habitual y continuada, con una llegada regular de dinero para pensiones mensuales y anuales, para pagar la educación de los niños, para dotar los matrimonios y las entradas en el convento de las

¹⁶ J. ARPAL POBLADOR, *Una familia en un mundo tradicional: los Garagarza de Elgoibar*, San Sebastián, 1963; J. URRUTIKOETXEA, «En una mesa y compañía». *Caserío y familia campesina en la crisis de la «sociedad tradicional». Irún, 1766-1845*, Donostia-San Sebastián, 1992; F. MARTÍNEZ RUEDA, *Los poderes locales en Vizcaya. Del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal (1700-1853)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994.

¹⁷ J.M. IMÍZCOZ, *Système et acteurs au Baztan*, Lille, ANRT, 1991 (tesis doctoral bajo la dirección del prof. Pierre Chaunu, Universidad de París-Sorbona, 1987).

¹⁸ J.M. IMÍZCOZ, «Hacia nuevos horizontes: 1516-1700», en M. ARTOLA (ed.), *Historia de Donostia-San Sebastián*, San Sebastián, Ed. Nerea, 2000, pp. 129-160.

niñas, para reconstruir y arreglar las casas, para pagar deudas, para comprar tierras y ganado, para vestidos, muebles y otras necesidades.

El ascenso de las nuevas familias poderosas se expresó en el Valle mediante diversas realizaciones materiales, símbolos y celebraciones que ensalzaban considerablemente su posición. La expresión material más clara del éxito fue la elevación física y simbólica de la propia casa de origen. Una de las preocupaciones más constantes de los parientes poderosos que triunfaron en el ámbito de la Monarquía y de sus familias fue la mejora material de la casa nativa. Estas familias reconstruyeron sus casas, dándoles mayor volumen, altura y prestancia¹⁹, con la conciencia de que la importancia del edificio lo hacía digno de admiración. Así valoraba, en 1745, Antonio Gastón de Iriarte a su cuñado don Martín de Elizacochea, obispo de Michoacán, el nuevo edificio de su casa nativa, que se acababa de reconstruir con la financiación del obispo: «la fábrica de la casa de Doreea quedó admirable y para estar completa en lo exterior sólo falta colocar el escudo de armas»: «quedará de las mejores casas del valle»²⁰.

Aquellas realizaciones debieron tener un gran impacto social en la comunidad. En pocos años, las nuevas elites compraron tierras y mejoraron sus haciendas, construyeron bordas, lagares, hornos y otras dependencias, celebraron matrimonios prestigiosos, adoptaron modos de vida más elevados y signos exteriores de riqueza como carruajes, cabaillerías, vestimenta, decoración, alhajas, libros y criados. Por otra parte, esta *gentry* del país desarrolló una sociabilidad particular a la que ya se refirió J. Caro Baroja²¹.

La importancia material de la casa se manifestó en el espacio simbólico de la comunidad²². Además de caudales, llegaron también recursos

¹⁹ Hubo diferentes grados de fortuna y elevación. Algunas casonas y palacios, por su particular arquitectura y distinción, evidenciaron de forma especial su calidad, como el palacio de Jarola, construido en Elvetea por el capitán don Miguel de Vergara, a finales del siglo XVII; el palacio de Goyenechea, erigido por Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen, marqués de Ugena, a comienzos del siglo XVIII; la casa Iturraldea de Arizcun, edificada por el que fuera secretario del despacho de Hacienda, Juan Bautista de Iturralde; los palacios de Arozarena y de Arizcunenea, en Elizondo, este último elevado en 1740 por Miguel de Arizcun y Mendinueta, primer marqués de Iturbietta; la nueva casa Iriarte de Errazu, construida en 1754 y 1755, bajo la dirección de Pedro José Gastón de Iriarte; el palacio de Isteconea, en Elizondo, edificado por la familia Mendinueta y Múzquiz; o la casa Echeverría de Iurrita (actualmente Gastón de Iriarte), levantada por el rico comerciante novohispano Juan Bautista de Echeverría, en 1786.

²⁰ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte (Errazu) a don Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, Mexico), 12 de febrero de 1745.

²¹ J. CARO BAROJA, *La hora navarra del XVIII (Personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, 1969, p. 338.

²² F. MARTÍNEZ RUEDA, «Poder local y oligarquías en el País Vasco: las estrategias del grupo dominante en la comunidad tradicional», en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Elites, poder y red social*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996, pp. 142-144.

inmateriales que alimentaron su prestigio: cargos y honores de sus familiares al «servicio de ambas majestades» como ministros, consejeros y oficiales de secretarías, almirantes de la Armada y generales de los Reales Ejércitos, virreyes y gobernadores de Indias, obispos y canónigos, o secretarios y tesoreros de reyes. Los más elevados consiguieron hábitos de órdenes militares²³ y títulos nobiliarios²⁴. Las mismas relaciones de estas familias con sus parientes situados en las más elevadas instancias políticas y eclesiásticas fueron un elemento principal de prestigio e influencia en la comunidad. Además, los miembros de aquellas casas coparon los más altos cargos del gobierno municipal, como alcaldes del Valle, y formaron parte del influyente clero diocesano y regional, como dignidades de la catedral de Pamplona, abades del monasterio de Urdax y priores del priorato de Velate, o como párrocos de las iglesias parroquiales y capellanes de las capellanías familiares.

Como patricios gobernantes o parroquianos distinguidos, los miembros de estas familias encabezaron la comunidad y ocuparon los primeros lugares en los actos colectivos, desde las Juntas del Valle, o los alardes y revistas de armas, hasta las procesiones y celebraciones. Una de las expresiones máximas de honor en el siglo XVIII fue la concesión, por el ayuntamiento del Valle, de vítores a las casas de aquellos personajes que llegaban a los cargos más elevados de la Administración Real, el Ejército o la Iglesia. En estos casos, el Valle festejaba el ascenso de sus hijos más ilustres en cuerpo de comunidad, colocando un vítor en la fachada de la casa nativa del prohombre y otro en la fachada del ayuntamiento del Valle, y celebrando fiestas participativas en las que brillaba de modo especial la casa y familia del personaje.

Un escenario privilegiado para representar esta supremacía fue la iglesia parroquial, principal y más simbólico lugar de encuentro de la aldea. Las casas vecinales más importantes poseían sus sepulturas en la primera fila de la iglesia, según un orden jerárquico que se respetaba para las ofrendas y otros actos religiosos. Igualmente, los funerales variaban según la calidad de las familias. Una casa principal como Iriarte

²³ A lo largo del siglo XVIII y del primer tercio del XIX obtuvieron órdenes militares no menos de ochenta y dos baztaneses, hijos de baztaneses u originarios de las aldeas más inmediatas del valle de Bertizarana, emparentados muchas veces con aquellos: cincuenta y ocho hábitos de Santiago, veinte caballeros de la orden de Carlos III, dos de Alcántara y dos de Calatrava.

²⁴ Cuatro títulos de condes y ocho de marqueses: conde de Saceda, marqués de Belzunce, marqués de Ugena, marqués de Valbuena, marqués de Murillo, conde de Gausa, marqués de las Hormazas, marqués de Iturbieta, marqués de Aycinena, marqués de Ribascacho, conde de la Cimera y conde de Guaqui.

de Errazu poseía derechos honoríficos preeminentes en la iglesia²⁵ y se distinguía en sus funerales por el número y calidad de las misas y de los materiales, el número de sacerdotes oficiantes y el valor de las ofrendas²⁶. La posición privilegiada de las casas más importantes se reforzaba a menudo con la fundación de capellanías²⁷, que proporcionaban ingresos estables para miembros de la familia que seguían la carrera eclesiástica²⁸. Su patronato solía quedar en manos de los dueños de la casa nativa del fundador y les procuraba ascendiente y prestigio en el seno de la parentela²⁹, debiendo «estimarlos como lustre, honor y distintivo hereditario y perpetuo en dicha casa»³⁰.

Los miembros de estas familias se hicieron con el poder político en la comunidad desde la segunda mitad del siglo xvii, desbancando a los descendientes de los linajes medievales, que habían gobernado la comunidad hasta entonces como alcaldes vitalicios, y acapararon las alcaldías del Valle, turnándose en ellas a lo largo de todo el siglo xviii. Los alcaldes de finales del siglo xvii y los de la centuria siguiente fueron miembros de esas familias muy emparentadas entre sí (como los Borda, Vergara, Echenique, Goyeneche, Gastón de Iriarte, Aldecoa, Jáuregui, Arizcun, Dutari, Irigoyen, etc) que se hallaban sólidamente establecidas en las estructuras políticas y económicas de la Monarquía y que estaban muy relacionadas por entronques matrimoniales y por negocios comunes en el ámbito del Imperio. Hasta las décadas finales del siglo, su jefatura en las alcaldías se debió al voto unánime de los vecinos que se

²⁵ «El asiento que pertenece a los hombres de la referida casa en el primer banco delantero al lado del evangelio» y «los dos asientos y sepulturas que así bien pertenecen a la casa para las mujeres y difuntos de ella en la primera hilera delantera al mismo lado del evangelio», ACGI, «Traslado de los contratos matrimoniales de la casa solar de Iriarte...» entre don José Joaquín Gastón de Iriarte y doña María Manuela de Dolarea, Errazu, 17 de abril de 1787.

²⁶ ACGI, «Razón de lo que se hizo en el entierro, honras y año de la muerte de varias personas de la casa de Iriarte de Errazu», Libro de cuentas de Pedro José Gastón de Iriarte.

²⁷ Archivo Diocesano de Pamplona (ADP), Libro de visita, visitador D. Carlos Muñoz de Castilblanque, año 1650; Libro de visita, D. Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutari, obispo de Pamplona, año 1772; Libro de visita, Illmo. Sr. Lezo, año 1781; Libro de visita, Illmo. Sr. D. Esteban Antonio Aguado y Roxas, obispo de Pamplona, año 1786; Libro primero de visita, Illmo. Sr. Veremundo Arias y Teixeira, año 1805; Libro de visitas del Illmo. Sr. D. Severo Andriani, obispo de Pamplona, año 1831.

²⁸ F. MARTÍNEZ RUEDA, «Poder local y oligarquías en el País Vasco...», p. 143; A. MATEO, «Alaveses en indias...», en R. ESCOBEDO, A. DE ZABALLA, O. ÁLVAREZ-GILA (eds.), *Álava y América*, Vitoria-Gasteiz, 1996, pp. 110-111, 116-117.

²⁹ A un nivel superior, ver A. LÓPEZ ÁLVAREZ, *Ideología, control social y conflicto en el Antiguo Régimen: el derecho de patronato de la Casa ducal sobre la procesión del Corpus Christi de Béjar*, Béjar, Centro de Estudios Bejaranos, 1996.

³⁰ ACGI, *Relación de las obras pías fundadas en beneficio del pueblo de Zugarramurdi por Sor Joaquina Benita de la Cruz, religiosa dominica, en el siglo Doña Joaquina Eulalia Nicolasa de Borda*, Pamplona, Imprenta de Erasun y Labastida, 1871, p. 8

congregaban cada tres años en las Juntas Generales para elegir al alcalde del Valle, lo cual expresa una hegemonía incontestada (al menos, públicamente) y un amplio apoyo vecinal, al menos de aquellas bases que participaban activamente en el juego político de la comunidad³¹.

Como veremos, un elemento importante de esta hegemonía fue el papel que jugaron una serie de patricios locales como mediadores entre los personajes que medraban fuera de la comunidad y sus parientes y allegados del Valle. Estos patricios eran miembros de aquellas familias que, como los Gastón de Iriarte, participaron de forma estable en dichas carreras sin desarraigarse del Valle, manteniéndose al mismo tiempo en la casa troncal como familias principales de la comunidad. Entre estos prohombres destacaron personajes que, tras haber seguido una carrera en el ámbito de la Monarquía, regresaban a su aldea y sucedían en la casa nativa o entraban por matrimonio en una casa principal, como muestran los ejemplos del teniente coronel Pedro José Gastón de Iriarte (1718-1789) y del guardiamarina José Joaquín Gastón de Iriarte (1766-1823), dueños sucesivos de Iriarte de Errazu, del comisario ordenador de los Reales Ejércitos Martín José de Echenique, dueño de Dolarea de Urrasun, de Pedro José de Echenique y Ormart (1703-1780), de la casa Unandeguía de Errazu, educado en la corte; y de los comerciantes indianos Juan Bautista de Echeverría, dueño de la casa Echeverría de Irurita, y Tiburcio Hualde, dueño del palacio Jaureguía de Irurita.

La instrucción y las relaciones de los hombres principales del Valle les permitieron jugar un papel incontestable como gobernantes. Sus conexiones en la corte, en la Administración real, en la jerarquía eclesiástica, o en las finanzas reales y el comercio colonial, les convertían en los principales mediadores de la comunidad con las diferentes instancias de la Monarquía, les daban acceso a información privilegiada, a ámbitos de decisión y a recursos a los que de otro modo nunca hubieran accedido. Esto les confería el poder de conseguir ventajas para el pueblo y para el Valle, de hacer favores a amigos y dependientes, de resolver favorablemente problemas y pleitos en instancias superiores. Para todo ello eran solicitados por sus convecinos y por todo ello se les tenía respeto y se les expresaba de diversos modos estima y agradecimiento.

Al mismo tiempo, aquel fenómeno no fue algo genérico, sino diferencial. Se circunscribió a las casas y familias que estaban vinculadas a los promotores de aquella dinámica, ya que la principal condición para

³¹ Archivo Histórico del Valle de Baztan (AHVB), sección Libros de Actas del Ayuntamiento y Junta General, Libro 2.º, Autos, acuerdos y libranzas, 1673-1688; Libro 3.º, 1688-1703; Libro 4.º: Libro de Autos, Acuerdos, Nombramientos de Cargos y Libranzas de la Valle y Universidad de Baztan, 1707-1722; Libro 5.º, Libro de Acuerdos del Valle y Universidad de Baztan..., 1728-1745; Libro 6.º, 1745-1757; Libro 7.º, 1757-1765; Libro 8.º, 1765-1773; Libro 9.º, 1772-1784; Libro 10.º, 1785-1796; Libro 11.º, 1796-1807.

participar en ella era el patrocinio de los parientes ya establecidos. Esto tuvo un notable efecto de elevación de determinadas parentelas y contribuyó poderosamente a la renovación de las elites locales y a su consolidación durante el siglo XVIII, al mismo tiempo que dejaba fuera de esa dinámica a las casas y familias que no gozaban de aquellas relaciones. De este modo, los efectos de aquel proceso contribuyeron a producir una agudización sin precedentes de las diferencias internas —económicas, sociales y culturales— en el seno de la comunidad y fueron un factor de tensiones y conflictos.

Una cuestión tan compleja plantea diversas dimensiones. En estas páginas nos limitaremos a explorar la relación entre la participación de las elites baztanesas en las estructuras de la Monarquía y la práctica de determinado patrocinio en sus respectivas parentelas y comunidades. Los importantes recursos, honores y relaciones que se conseguían por esa vía les sirvieron para ejercer cierto papel de benefactores y rectores de la parentela y de la vida local, granjeándose fidelidades en la aldea y en el Valle. En las páginas que siguen observaremos las manifestaciones del patronazgo hacia los parientes y la comunidad, el papel de los patricios locales como mediadores en estos flujos y servicios, así como los efectos de esta política del don para sustentar su hegemonía.

2. LA POLÍTICA DEL DON: POLÍTICA PATERNALISTA E INFLUENCIA SOCIAL

Las donaciones de los poderosos cobraban un significado particular en aquella sociedad. En las sociedades contemporáneas, la financiación de muchas necesidades (económicas, viarias, sanitarias, educativas, asistenciales, culturales, etc.) se realiza mediante la acción fiscalizadora de los estados y las demás comunidades políticas, que perciben, canalizan y redistribuyen los recursos, o, en otra medida, mediante la organización de solidaridades horizontales en el seno de formas asociativas como las sociedades de socorros mutuos, las cooperativas o los sindicatos. En las sociedades del Antiguo Régimen, en cambio, los recursos para afrontar muchas necesidades sólo podían venir de las propias células sociales en que se organizaba aquella sociedad corporativa (la familia, el gremio, la parroquia, la cofradía, etc.) o del patronazgo ejercido por los más poderosos³².

³² J.M. IMÍZCOZ, «La vida en sociedad. Las estructuras colectivas de la sociedad urbana en una ciudad del Antiguo Régimen. Vitoria, siglos XVI-XVIII», en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *La vida cotidiana en Vitoria en la Edad moderna y contemporánea*, San Sebastián, Txertoa, 1995, pp. 11-63.

Como ha puesto de relieve Fernando Martínez Rueda, un elemento de la supremacía de las familias principales fue su política paternalista. A través de la donación y de los comportamientos caritativos, los notables establecían relaciones de solidaridad jerárquica con parientes más pobres y con la comunidad. La donación tenía una función importante como expresión de un status privilegiado y como elemento de legitimación de las familias poderosas. Era un símbolo de prestigio y suponía cierta subordinación por parte de quien la recibía. Mostrarse generoso y magnánimo no era solamente un acto de liberalidad de los poderosos, sino una obligación propia de su status privilegiado, una característica de su papel dirigente³³.

A la generosidad de los poderosos debía corresponder el agradecimiento y la deferencia de la comunidad. Además, las expectativas ante la posibilidad de recibir ayuda, o el miedo a perder determinadas ventajas, contribuían a mantener actitudes deferentes.

Las grandes fundaciones

Una de las manifestaciones más elocuentes del enriquecimiento y de la elevación de aquellos personajes fue la multiplicación sin precedentes de donaciones y fundaciones en su comunidad de origen. Los historiadores del Arte han recensado las abundantísimas obras de carácter religioso, asistencial o educativo que se produjeron en Navarra y el País Vasco a lo largo de aquel siglo.

Las realizaciones más visibles fueron de carácter religioso. Es impresionante el número de iglesias, ermitas, retablos, imágenes, objetos sagrados financiados en el siglo XVIII por personajes que enviaban remesas desde la corte, Cádiz o América. Entre las obras más importantes destacaron las iglesias parroquiales edificadas de nueva planta, como la de San Andrés de Azpilcueta, elevada entre 1751 y 1752 con dinero del obispo de Valladolid de Michoacán, Martín de Elizacochea, la de Santo Domingo de Guzmán, de Gaztelu (valle de Santesteban de Lerín), construida entre 1770 y 1773 con los caudales que envió desde Guatemala el comerciante Domingo Micheo³⁴, o la iglesia de Iru-rita, edificada entre 1739 y 1744³⁵, gracias, en parte, al legado del indiano Juan Agustín Gamio Mayora, que en 1734 dejó en su testamento

³³ F. MARTÍNEZ RUEDA, «Poder local y oligarquías en el País Vasco...», p. 144; J.A. ACHÓN INSAUSTI, «A voz de concejo». *Linaje y corporación urbana en la constitución de la Provincia de Guipúzcoa: los Báñez y Mondragón, siglos XIII-XVI*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1995, p. 255; A.M. HESPANHA, *La gracia del derecho...*, pp. 151-176.

³⁴ P.L. ECHEVERRÍA GOÑI, «Mecenazgo y legados...», pp. 168-169

³⁵ M.^a C. GARCÍA GAINZA (dir.), *Catálogo monumental de Navarra, V**..., p. 378.

5.000 pesos con este fin³⁶. Asimismo, en la mayoría de las iglesias parroquiales del Baztan se hicieron importantes remodelaciones a lo largo de siglo XVIII, como en las de Ciga, Maya, Errazu, o Almandoz, generalmente gracias a caudales enviados desde fuera del Valle³⁷.

También fueron abundantes las obras de ermitas y retablos, así como las donaciones de tallas de vírgenes y santos, entre las que destacaron, por su número y calidad, las procedentes de Madrid, en particular las ejecutadas por el importante escultor cortesano Luis Salvador Carmona³⁸. Por último, de diversos lugares de la Península y de América llegaron numerosas piezas de orfebrería sagrada³⁹, lámparas, ornamentos, o donativos para la compra de objetos litúrgicos.

Por otra parte, se multiplicaron los legados para casar a doncellas pobres, las dotaciones para el ingreso de mujeres en conventos, las fundaciones y mejoras de escuelas de primeras letras, las becas para estudiar en colegios o universidades, las limosnas a los pobres y las donaciones a hospitales y hospicios. Como regla general, los primeros beneficiarios de estas obras pías debían ser los parientes del fundador y de sus descendientes, desde los más cercanos hasta los más alejados, lo que les daba un significado particular. En efecto, estas fundaciones no suponían una ayuda puntual, sino que creaban unas bases relativamente estables y duraderas al servicio de la política familiar de colocación de los jóvenes, cuyas carreras y alianzas matrimoniales formaban una base capital (pero muy costosa) del progreso y mantenimiento de la familia y parentela. Por otra parte, estos recursos constituían una fuente de influencia para los patronos que controlaban su administración.

Entre las fundaciones para fines educativos destacó la creación de becas para que los varones pudieran estudiar en colegios o en universidades y para subvencionar carreras militares, eclesiásticas o burocráticas⁴⁰. En el Valle de Baztan, sobresalieron especialmente las donaciones de don Juan Bautista de Iturralde (Arizcun, 1674-1741), marqués de Murillo y ministro de Hacienda con Felipe V, y de su mujer, doña Manuela de Munárriz. En particular, tuvo mucha importancia la fundación del colegio seminario de San Juan Bautista de Pamplona, en 1734. Su solar costó 80.069 reales de plata doble efectivos y su construcción

³⁶ J.M. ARAMBURU y J.M. USUNÁRIZ, «De la Navarra de los Austrias...», pp. 218 y 192.

³⁷ M.^a C. GARCÍA GAÍNZA (dir.), *Catálogo monumental de Navarra*, V*..., pp. 285-422.

³⁸ M.^a C. GARCÍA GAÍNZA, «El retablo cortesano», *El Arte en Navarra*, Pamplona, 1994, t.II.

³⁹ M.C. HEREDIA MORENO, M. DE ORBE SIVATTE, A. DE ORBE SIVATTE, *Arte hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, pp. 148, 52, 121 y 110.

⁴⁰ J.M. IMÍZCOZ, «El patrocinio familiar. Parentela, educación y promoción de las elites vasco-navarras en la Monarquía borbónica», en F. CHACÓN y J. HERNÁNDEZ FRANCO, *Familias, poderosos y oligarquías*, Murcia, 2001.

93.782 reales y 13 maravedís de dicha moneda. El presupuesto anual de dicha institución estaba calculado en 12.609 reales y medio de plata. Este colegio contaba con doce plazas gratuitas para colegiales que siguieran la carrera eclesiástica, que podían gozar de esa pensión durante diez años. Para ingresar en él debían ser mayores de diez años y saber leer y escribir. Aquí también tenían prioridad los parientes del fundador y, a falta de éstos, los naturales del Valle de Baztan, prefiriendo a los del lugar de Arizcun y, entre ellos, a los parientes dentro del cuarto grado de los poseedores de las casas Iturraldea y Gamioa, nativas del fundador y de sus padres⁴¹. Por otra parte, en 1748 se destinaron, del legado de dichos personajes, 11.000 reales anuales para financiar los estudios de cuatro estudiantes en la Universidad de Salamanca. Los primeros beneficiarios de esta ayuda debían ser los parientes de los fundadores, empezando por los más cercanos. En la misma fecha, se asignaron también 7.200 reales anuales para la asistencia de cuatro militares que sirvieran en los ejércitos de tierra y marina, con la misma preferencia de los parientes⁴².

Por su parte, las dotaciones para las mujeres se encauzaban hacia el matrimonio y el ingreso en un convento. Fueron abundantes los legados para casar a doncellas, empezando generalmente por las de la propia parentela. Don Juan Bautista de Iturralde y doña Manuela de Munárriz fundaron, en 1731, una obra pía para dotar a doncellas de las casas nativas de Iturraldea y Gamioa, del lugar de Arizcun y, en su defecto, del Valle de Baztan, o del reino de Navarra⁴³. Hubo asimismo fundaciones para el ingreso de mujeres en el convento, prefiriendo igualmente a las parientes más cercanas. En Errazu, por ejemplo, doña Joaquina de Iturriría, mujer de don Juan Matías de Arozarena, director general de Rentas y consejero de Hacienda, fundó en 1772 una obra pía para la dote de dos religiosas en conventos de capuchinas o carmelitas descalzas⁴⁴.

En los casos más excepcionales, se fundaron conventos, como los de Arizcun o Lesaca. El convento de clarisas de Nuestra Señora de los Ángeles, en Arizcun, fue fundado por don Juan Bautista de Iturralde y doña Manuela de Munárriz. La obra se realizó entre 1731 y 1737 y su coste ascendió a más de cien mil pesos. El convento fue dotado para el sustento de veinte religiosas y cinco legas, un padre vicario, su compañero, un donado y un administrador, con un total de cincuenta mil reales de vellón anuales, con señalamiento separado para los dos capellanes

⁴¹ M. IRIGOYEN Y OLÓNDRIZ, *Noticias históricas y datos estadísticos del Noble Valle y Universidad de Baztan*, Pamplona, 1890, pp. 76-77

⁴² *Ibid.*

⁴³ M. NÚÑEZ DE CEPEDA, *La beneficencia en Navarra a través de los siglos*, Pamplona, 1940, pp. 378, 391, 392.

⁴⁴ M. NÚÑEZ DE CEPEDA, *La beneficencia en ...*, pp. 378, 391, 392.

seculares de doscientos ducados de vellón al año para cada uno. Esta fundación tan cuantiosa debía dar salida a jóvenes parientes y muchachas del Valle, cuya presentación quedaba en manos de los fundadores y del patronato de sus sucesores. Diez sillas de coro y dos de legas quedaban destinadas para hijas nativas del Valle de Baztan, y, en su defecto, descendientes de él, y si no, naturales del obispado de Pamplona; otras seis sillas de coro y dos de legas estaban reservadas a parientes de los fundadores, y las cuatro sillas de coro restantes y una de lega quedaban a la libre elección de los patronos⁴⁵.

Como se puede observar, la mayor o menor proximidad de parentesco con el benefactor y con los patronos sucesivos era clave para acceder a estas fuentes de financiación. Aquellas fundaciones concentraban abundantes recursos y en pos de ellos se movilizaba una importante demanda social desde abajo. Las familias candidatas a obtener por este cauce una dote, una beca o cualquier otra ayuda, cultivaban la memoria de su genealogía y parentesco con respecto a los parientes fundadores de obras pías y a sus sucesores, y solicitaban aquellos recursos, incluso pleiteaban por ellos si era necesario, exhibiendo sus parentescos en segundo, tercer o cuarto grado. Así, por ejemplo, tuvo una repercusión social notable la obra pía que fundó en 1674 Martín de Alzate, correo mayor de Cádiz, natural de Vera de Bidasoa, quien donó 8.000 ducados de plata, con una renta anual de 400 ducados, para seis dotes de parientas pobres. Entre 1680 y 1690, se presentaron en las notarías de Elizondo, Santesteban y Echalar cuarenta y tres informaciones de parentesco de mujeres de diversos lugares del Baztan, Bertizarana, tierra de Santesteban, Cinco Villas y Guipúzcoa que pugnaban por beneficiarse de dicho legado⁴⁶.

Estas fundaciones y obras pías sólo fueron excepcionales por su magnitud, ya que formaron parte de un conjunto de relaciones habituales en las que se cruzaban servicios, demandas y patrocinios ordinarios.

Ayudas y servicios a la parentela y a la comunidad

Las ayudas de los parientes poderosos se extendían a la parentela. Para cualquier casa de la aldea, una parte de la comunidad campesina eran, antes que nada, parientes, con una percepción del parentesco mucho más amplia que la contemporánea. Esto resultaba igualmente válido para las casas principales, que formaban parte de la comunidad y no algo separado de ella.

⁴⁵ M. IRIGOYEN Y OLÓNDRIZ, *Noticias históricas...*, pp. 75-76.

⁴⁶ J.M. ARAMBURU Y J.M. USUNÁRIZ, «De la Navarra de los Austrias...», p. 190

Una casa importante como Iriarte de Errazu estaba emparentada, en diversos grados de consanguinidad, con bastantes familias de la aldea y de los lugares vecinos, desde las más elevadas hasta otras mucho más humildes⁴⁷. De este modo, junto a sus relaciones de parentesco con otras casas principales, mantenía relaciones de patrocinio con parientes inferiores y con los allegados de éstos. Así, en la segunda mitad del siglo XVIII, el dueño de una casa principal como Iriarte de Errazu, Pedro José Gastón de Iriarte, prestaba servicios a sus parientes necesitados desde la posición superior que le otorgaban sus relaciones familiares con la corte y la jerarquía eclesiástica, su manejo de recursos económicos, privados y municipales, su formación y su conocimiento de los trámites burocráticos y financieros, etc. Como veremos más adelante, esta posición de mediador hacía de él un hombre necesario, buscado por los dependientes, y le valía la estima y el reconocimiento de sus favorecidos.

El ejemplo siguiente muestra la cascada de prestaciones y ayudas que podía darse entre parientes pertenecientes a casas de niveles muy desiguales. En 1771, Juan Luis de Iribarren solicitaba desde Madrid a su tío segundo Pedro José Gastón de Iriarte ayuda para unos parientes pobres: «confieso a vuestra merced ingenuamente que me causó compasión la triste situación del pariente Pedro Francisco de Echenique y me he acordado muchas veces de él, como de sus pobres hermanas, a vista de que se ven tan desamparadas y por puertas ajenas», y le pide que interceda para colocar a dicho Pedro Francisco en alguna de las capellanías de la parentela⁴⁸. En este caso, un familiar de una casa mediana del Valle está solicitando a un pariente de una casa principal ayuda para sus parientes más desfavorecidos: Juan Luis de Iribarren era hijo de la casa Irigoyen, del barrio Peralaz de Arizcun, que se estaba elevando gracias a la protección de sus parientes mejor relacionados y más poderosos, entre ellos los Gastón de Iriarte⁴⁹, y llevaba en Madrid los asuntos económicos de Pedro José. En sus cartas se mostraba particularmente deferente con su «siempre estimado tío y señor»,

⁴⁷ Entre las casas de menor importancia emparentadas con Iriarte se hallaban, por ejemplo, Elorga de Peralaz, en Arizcun; Dorrea, Echartenea, Ursueguía y Garciarena, en Azpilcueta; Mendiberria de Apayoa, e Iriarte y Dolarea de Urrasun, también en Azpilcueta; Chiscarena, de Maya; Urdoz, de Errazu, etc.

⁴⁸ ACGI, carta de Juan Luis de Iribarren (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 20 de marzo de 1771.

⁴⁹ De tal modo que cuatro hermanos Iribarren se hallaban bien situados en diversas instancias de la Monarquía: Vicente fue tesorero de las Aduanas del Puerto de Santa María; Pedro Matías fue empleado de S. M. en las provincias de Orán; Juan Ignacio fue oficial de la tesorería de la reina viuda; y Juan Luis, un hombre de negocios instalado en Madrid. Archivo Histórico del Valle de Baztan (AHVB), Filiaciones, Arizcun, leg.45, n.º 20.

cuya familia era entonces una de las más elevadas de la parentela y del Valle.

En el nivel más humilde, las limosnas a parientes pobres fueron relativamente frecuentes. Patricios baztaneses de la corte enviaban dinero para que se pagaran pensiones a determinados parientes necesitados o para que se repartieran limosnas entre la parentela. Así, por ejemplo, en los años 1780, Juan Javier de Goyeneche e Indaburu, conde de Saceda, mayordomo de semana del rey, enviaba regularmente dinero al administrador de sus propiedades en el Valle de Baztan, Pedro José Gastón de Iriarte, para que lo distribuyera entre algunos parientes, asignando «3 reales de vellón diarios a mi tía doña Josefa de Indaburu», «3 reales a su hija, y prima, la pobre cojita» y «3 reales a la viuda Mutuberria»⁵⁰.

Igualmente, se enviaban limosnas en tiempos de crisis para que se repartiesen entre los parientes necesitados y entre los vecinos del lugar. En varias ocasiones, por ejemplo, Francisco de Indaburu, tesorero de la reina Isabel de Farnesio, y su mujer, María Felicia Gastón de Iriarte, enviaron dinero para intentar aliviar la miseria del país en momentos de graves crisis agrícolas. Así, en 1771 hicieron llegar 360 pesos para repartirlos como limosna a los vecinos de Errazu, Azpilcueta y otros lugares, «prefiriendo a los parientes que están necesitados»⁵¹.

En los casos más notables, estas ayudas podían llegar a una parentela muy extensa. Así, por ejemplo, Juan José de Barreneche e Irigoyen, rico comerciante en México durante la segunda mitad del siglo XVIII, natural de la casa Ortiberroa de Lecároz, asistió abundantemente a un amplio número de parientes. Ya en vida dotó para casar al menos a diez sobrinos, sobrinos-nietos y otros parientes, con un total de 4.900 ducados. En su testamento dejó mandas por valor de 11.550 pesos para 27 personas (en su mayor parte sobrinos y sobrinas, hijos de sobrinos y hermanos políticos), que eran dueñas de diferentes casas de Lecároz, Garzain, Arrayoz, Ciga, Elizondo y Azpilcueta. Además, dejó 18.750 pesos para contribuir a dotar a 28 sobrinos y sobrinas (sin duda, sobrinos-nietos) que se hallaban aún sin tomar estado. Entre ellos se encontraban una decena de ahijados y ahijadas (lo que indica que fue muy solicitado como padrino de bautizo), a los que favorece sistemáticamente en sus mandas con dobladas cantidades⁵².

⁵⁰ ACGI, carta del conde de Saceda (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, enero o febrero de 1784.

⁵¹ ACGI, carta de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 26 de junio de 1771.

⁵² ACGI, «Testamento y última disposición de Don Juan Josef de Barreneche, natural del Lugar de Lecároz en el Valle de Baztan, que falleció en la ciudad de Pamplona en diez y ocho de Mayo de mil ochocientos y uno», Pamplona, Imprenta de Joaquín Domingo [1801].

Patrocinio ordinario, demanda social y deferencia

Aquellos flujos y recursos que llegaban de la corte y de América alimentaron la posición de unos patricios locales que, por su posición y relaciones, ejercían de diversos modos su patrocinio como principales y gobernantes de la comunidad.

Tradicionalmente, una fuente de influencia de las elites locales fue tanto la disposición de importantes bienes propios como la administración de los recursos concejiles desde sus cargos de gobierno. Como han puesto de relieve diversos autores, las casas principales disponían de propiedades que generaban determinadas dependencias económicas y que permitían alimentar cierto clientelismo local. Así, por ejemplo, las ferrerías de las Encartaciones de Vizcaya⁵³ procuraban trabajo estacional y sustento a buen número de campesinos, lo que fortalecía el poder de los notables ferrones. Algo semejante se puede señalar con respecto a las relaciones entre los jauntxos propietarios y sus arrendatarios o sus criados.

Las estructuras económicas de la sociedad baztanesa no establecían una dependencia económica generalizada, pero los notables disponían de diversos medios para alimentar cierto patrocinio ordinario en su entorno. Hombres como Pedro José Gastón de Iriarte tenían en sus manos la movilización y distribución de importantes recursos. Por su función de gobernantes, encargaban trabajos públicos, concedían contratos de aprovisionamiento, canalizaban gastos. Este poder de encauzar y distribuir los recursos concejiles debía de conferirles una notable influencia.

Por su propia riqueza podían ejercer su influencia a través de sus encargos y préstamos. Las casas principales eran las primeras consumidoras de la comunidad y una fuente de recursos muy diversos. Por esta vía podían favorecer de diversos modos a sus allegados y dependientes más afectos. Así, por ejemplo, en 1789, el virrey de Navarra, Martín Álvarez de Sotomayor, encargó a su amigo Pedro José Gastón de Iriarte un juego de mantelería compuesto de un mantel y dieciocho servilletas⁵⁴. Por las referencias de la carta se observa que al menos otros dos personajes («el canónigo Echenique (...) y mi señora doña Ángela Pineda») habían hecho a Pedro José pedidos semejantes. Una mantelería puede parecer algo mínimo. Sin embargo, en una sociedad en la que el consumo era escaso, este encargo podía cobrar una importancia especial para una familia de artesanos. En este caso, Pedro José encomienda las mantelerías a un pariente de Elizondo, Juan Martín de Larralde, que

⁵³ F. MARTÍNEZ RUEDA, «Poder local y oligarquías en el País Vasco...», p. 128-129.

⁵⁴ ACGI, carta de Martín Álvarez de Sotomayor (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 16 de marzo de 1789.

le envía «el mantel con las 18 servilletas» y le trata de «mi favorecedor pariente y señor», expresándole una particular deferencia: «beso la mano de vuestra merced, su más atento y favorecido pariente»⁵⁵.

Las ayudas para hacer frente a las necesidades no obedecían únicamente a un movimiento desde arriba, a un gesto del benefactor, sino también a una demanda por parte de los necesitados. La correspondencia epistolar revela con claridad cómo los familiares y parientes acudían efectivamente a sus parientes benefactores como fuente de recursos. Les participaban sus dificultades y les pedían ayuda económica para hacer frente a sus necesidades o para colmar sus expectativas, en especial para mejorar la casa y para colocar ventajosamente a sus hijos e hijas. Este patrocinio de los parientes principales les supuso cierto ascendiente en su parentela y comportó diversas expresiones de deferencia hacia ellos, pero aquella dependencia resultaba ventajosa y fue insistentemente solicitada por los propios parientes necesitados.

Las peticiones de ayuda provenían tanto de los familiares más inmediatos como de los parientes más lejanos. Es lo que le ocurrió en 1779 a don Juan Javier Gastón de Iriarte, canónigo de la catedral de Toledo, cuando recibió una carta de una tal María Javiera de Ezponda que se presentaba como prima suya y le pedía ayuda: «como me hallo muy necesitada por respecto a mi larga enfermedad y la grande carestía que hay este año de todo género de alimentos»⁵⁶. Juan Javier desconocía este parentesco y puso el asunto en manos de su hermano Pedro José: «yo por el nombre y apellido no conozco, ni tengo noticia de tal mujer, te la remito [la carta] porque será regular que la conozcas, y si fuese cierto que es tal prima, la larga enfermedad que expresa y la necesidad que padece, estoy dispuesto a socorrerla». Y le pide que, de confirmarse todo esto, ejecute la ayuda y la ponga a su cargo⁵⁷.

Tanto o más que la asistencia efectiva, la expectativa de poder recibir el auxilio del poderoso en caso de necesidad era, sin duda, un aliciente para mantener la deferencia y las buenas relaciones. Así lo entendió Baltasar Gracián: «El sagaz prefiere los que le necesitan a los que dan las gracias (...) Más se saca de la dependencia que de la cortesía (...): acabada la dependencia acaba la correspondencia, y con ella la estima»⁵⁸. Explorando la «sociedad tradicional» baztanesa a través de

⁵⁵ ACGI, carta de Juan Martín de Larralde (Elizondo) al «Señor Teniente Coronel Don Pedro José de Gastón», 8 de agosto de 1789.

⁵⁶ ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte a Pedro José Gastón de Iriarte, 15 de mayo de 1789.

⁵⁷ ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte a Pedro José Gastón de Iriarte, 24 de mayo de 1789.

⁵⁸ Baltasar GRACIÁN, *Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid, CSIC, 1954, (primera edición: 1647), aforismo n.º 5.

la encuesta oral, pude comprobar el funcionamiento, en el siglo xx, de comportamientos deferentes en este sentido. Así, por ejemplo, la *etxe-koandre* de la casa Larnagaraya, del lugar de Irurita, cuando mataban el cerdo cada invierno, guardaba lo necesario para la casa y hacía «partes» que repartía entre sus «obligaciones». Siempre guardaba partes mejores para el cura, el médico, el maestro o la *serora*, estimando que así ellos también le tratarían mejor cuando los necesitara: «había que cuidarlos un poco, para que ellos también se ocupen de ti»⁵⁹.

La deferencia se podía deber a varios sentimientos mezclados, como el agradecimiento del favorecido, el respeto debido al poderoso y el miedo del dependiente a perder los recursos que le procuraba su favor. Algo de ello se refleja en la literatura del país, cuando la madre de Zalacaín fue a casa de los notables que les cedían por caridad el caserío en que vivían. Su hijo había pegado al de aquellos *jauntxos* y ella acudió, muy apurada, a presentarles toda clase de excusas⁶⁰.

En cualquier caso, esta deferencia correspondía al agradecimiento que esperaban los benefactores, cuando no a las contrapartidas que exigían.

Sentimientos paternalistas y contrapartidas del don

No es fácil deslindar con entera justicia los sentimientos e intereses que se mezclaban en aquellas prácticas del don. El análisis de las actitudes de los donantes debería distinguir la intencionalidad de la funcionalidad, ya que, si bien el don pudo ser muchas veces desinteresado, fruto de sentimientos caritativos, funcionalmente reportaba prestigio y autoridad, y los propios benefactores eran conscientes de ello.

Las expresiones documentales de los donadores revelan sentimientos paternalistas en los que se mezclaban la caridad cristiana, la compasión y una conciencia de status superior. Así se expresaba, por ejemplo, doña Joaquina Eulalia Nicolasa de Borda, viuda de don Juan Bautista de Dutari, rico comerciante de la casa «Dutari hermanos» de Madrid, originario del lugar de Zugarramurdi, al ingresar en un convento y hacer donación de sus bienes, el 21 de enero de 1788: «Compadecida en alto grado de la miseria del pueblo [de Zugarramurdi] y animada del espíritu que la inspira el eficaz celo y deseo que tiene de aliviarlos y fomentarlos, así en lo espiritual como en lo temporal, por los medios que le dicta la piedad cristiana, y corresponder en algún modo (...) a

⁵⁹ J.M. IMÍZCOZ, *Système et acteurs au Baztan*,... p. 552; Entrevista a María Jaimereña, Irurita, 20 de enero de 1982.

⁶⁰ Pío BAROJA, *Zalacaín el aventurero*, Barcelona, RBA Editores, 1995, p. 17.

los imponderables beneficios que sin el menor mérito suyo le ha dispensado la infinita bondad y misericordia del Altísimo, ha deliberado se erijan y funden en dicho pueblo las obras pías siguientes»⁶¹. Semejantes sentimientos expresaba María Felicia Gastón de Iriarte, al enviar limosna desde la corte, en 1771: «estamos llenos de compasión de la miseria que padece la pobre gente en este país, pues ayer últimamente nos dijeron que escribían algunos de ahí que era una lástima lo que padecía la gente. Quisiéramos ser capaces de aliviarlos, pero ya que esto no puede ser a lo menos reciban la buena voluntad con ciento y cincuenta pesos que a Sebastián se le han entregado hoy para que te los remita y repartas a los necesitados, según y como te parezca, prefiriendo a los parientes que están necesitados (...)»⁶².

Sin embargo, aunque manejasen la retórica cristiana, pretendiendo que la mano izquierda no supiera lo que daba la derecha, no es menos cierto que los donantes se estimaban merecedores del agradecimiento de la comunidad. Así reivindicaba María Felicia Gastón de Iriarte, en 1775, la correspondencia que los vecinos de Azpilcueta debían a su difunto marido, don Francisco de Indaburu, por los numerosos beneficios que habían recibido de él: «Al mencionado señor rector de Azpilcueta (...) le darás muchas memorias de mi parte y las debidas gracias por lo mucho que encomienda al difunto, solicitando también las oraciones de todos los vecinos de Azpilcueta, que no dudo lo harán con buen afecto, en correspondencia del que les profesaba mi querido marido y los tenía bien beneficiados con todo lo que hizo para el común alivio de todos, como tú no ignoras»⁶³.

De hecho, la capacidad de financiación y de patrocinio de los familiares poderosos de la Monarquía les confirió un notable ascendiente sobre sus familias que trastocó en parte las jerarquías y funciones de la casa y familia tradicional. Aquellos desheredados (comúnmente llamados «segundones»), que en la casa troncal quedaban subordinados al gobierno de los dueños, se convertían, al filo de sus carreras, en parientes poderosos, especialmente influyentes en la familia y la parentela, sobre todo cuando aquella seguía siendo una simple familia campesina. A cambio de sus dotes, colocaciones y ayudas, muchas veces influyeron decisivamente en la elección de alianzas matrimoniales, en la designación de los herederos, en la orientación de la política económica

⁶¹ ACGI, *Relación de las obras pías fundadas en beneficio del pueblo de Zugarramurdi por Sor Joaquina Benita de la Cruz, religiosa dominica, en el siglo Doña Joaquina Eulalia Nicolasa de Borda*, Pamplona, Imprenta de Erasun y Labastida, 1871, pp. 6-7.

⁶² ACGI, carta de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 26 de junio de 1771.

⁶³ ACGI, carta de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 18 de enero de 1775.

de la casa, incluso en el control de determinados comportamientos de los parientes, retirando en ocasiones su ayuda, o haciendo que se castigara a familiares de comportamiento deshonesto.

Por otra parte, la política paternalista de los poderosos solía comportar unas contrapartidas no sólo implícitas sino claramente explicitadas, ya que muchas veces el benefactor imponía determinadas pautas o condiciones a cambio de su don. Así, el mismo conde de Saceda a quien hemos visto enviar limosnas regulares a sus parientes pobres del Valle, rogando encarecidamente que se ejecutasen «sin decir quien lo hace y sí que encomienden a Dios a los bienhechores»⁶⁴, vetaba un matrimonio de parientes pobres que no le agradaba. Para ello, negaba la ayuda que le solicitaban para la dote y hacía planear la amenaza —en caso contrario— de despedir a dos hermanos de la novia, parientes suyos, que trabajaban en su casa de Madrid como criados⁶⁵.

3. RELACIONES, MEDIACIÓN Y PODER: LA CAPITALIZACIÓN DE LOS MEDIADORES

Junto a los recursos materiales, el capital relacional fue un elemento clave de la influencia de los patricios baztaneses en la comunidad. Gracias a sus relaciones jugaron un papel central como mediadores en la distribución y gestión de aquella economía de la demanda y del don.

Las posibilidades ordinarias de patrocinio de que disponían los patricios locales se vieron reforzadas considerablemente por la función que asumieron como mediadores de los flujos entre el Imperio y la aldea. Las relaciones de patronazgo entre la corte y las provincias y comunidades locales fueron un elemento importante de la articulación política y social, tanto en el Antiguo Régimen como en el siglo XIX⁶⁶. Los gobernantes buscaban apoyos en la corte para conseguir mercedes y

⁶⁴ ACGI, carta del conde de Saceda (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, enero o febrero de 1784.

⁶⁵ ACGI, cartas del conde de Saceda (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte (Errazu), 9 de marzo de 1785 y marzo de 1785; carta de Nicolás de Irigoyen (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 16 de julio de 1785.

⁶⁶ S. KETTERING, *Patrons, Brokers and Clients in Seventeenth Century France*, New York, Oxford, 1986; J. MARTÍNEZ MILLÁN, «Las investigaciones sobre patronazgo y clientelismo en la administración de la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna», *Studia Historica, Historia Moderna*, n.º 15, pp. 83-106; F. BENIGNO, *La sombra del rey*, Madrid, Alianza Editorial, 1994; C. WINDLER, *Élites locales, señores, reformistas. Redes clientelares y Monarquía hacia finales del Antiguo Régimen*. Sevilla, 1997; C. WINDLER, «Clientèles royales et clientèles seigneuriales vers la fin de l'Ancien Régime», *Annales HSS*, mars-avril 1997, n.º 2, pp. 293-319; A. ROBLES EGEA (dir.), *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo político en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

privilegios ventajosos en favor de sus familias y de sus comunidades. Para mover sus empresas y pleitos, disponían muchas veces de agentes en corte, pero, cuando era posible, recurrían a la influencia de sus paisanos poderosos instalados en ella, o en otros centros de riqueza y poder. La especificidad del caso baztanés, como ocurría también con los encartados de Vizcaya, los ayaleses o gentes de otras comunidades guipuzcoanas, vizcaínas y alavesas⁶⁷ tan introducidos en el gobierno de la Monarquía, es que los protectores de la corte eran sus propios parientes, con los que mantenían estrechas relaciones epistolares⁶⁸.

Un hombre como Pedro José Gastón de Iriarte, teniente coronel retirado en la lejana aldea de Errazu, era poderoso por sus relaciones. Pedro José tenía acceso a un buen número de parientes y amigos establecidos en el gobierno de la Monarquía y de la Iglesia. Así, de 1755, año en que se hizo cargo de la casa nativa Iriarte de Errazu, a 1789, en que murió, fue a la par o sucesivamente, sobrino de Miguel Gastón de Iriarte (sobrino y hombre de confianza del financiero Juan de Goyeneche), hombre de negocios y personaje influyente en la corte con Felipe V y Fernando VI; sobrino de Martín de Elizacochea, obispo de Durango y de Valladolid de Michoacán, en la Nueva España; pariente de los condes de Saceda, descendientes del financiero Juan de Goyeneche y con cargos en la casa real; sobrino político del virrey del Perú Agustín de Jáuregui y Aldecoa, y de su hermano el arcediano de la catedral de Pamplona, Pedro Fermín; hermano de Juan Javier, canónigo y capiscol de la catedral primada de Toledo; hermano de Miguel José, teniente general de la Real Armada; cuñado de Francisco de Indaburu, tesorero de la reina Isabel de Farnesio; primo y amigo de Juan Francisco de Lastiri, secretario de Gracia y Justicia de la Cámara de Castilla; amigo y convecino del obispo de Pamplona Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutari; pariente de los Aldecoa, introducidos en los asientos y rentas reales, en la casa real y en la administración de la Compañía de la Habana; amigo del virrey de Navarra Martín Álvarez de Sotomayor, y de otros importantes cargos militares; con parientes comunes con el ministro de Hacienda Miguel de Múzquiz y con sus sobrinos los Mendinueta (entre ellos Miguel de Mendinueta, consejero de Castilla) y los Ozta (como Pedro Luis, obispo de Calahorra y La Calzada); con parientes Dolarea emparentados con importantes comerciantes coloniales como los Micheo y los Uztáriz, etc. A todos ellos prestó servicios y de todos ellos recibió favores.

⁶⁷ F. VIANA PÉREZ, «Vinculación de un indiano con su tierra, Álava: Francisco Leandro de Viana, conde de Tepa», en R. ESCOBEDO, A. DE ZABALLA, O. ÁLVAREZ-GILA (eds.), *Álava y América*, Vitoria-Gasteiz, 1996, pp. 338, 346-349.

⁶⁸ J.M. IMÍZCOZ, R. GUERRERO, G. CASTELLANO DE GASTÓN, *Entre la aldea y la corte. Correspondencia epistolar de los Gastón de Iriarte en la hora navarra del XVIII*. (en prensa).

Pedro José Gastón de Iriarte utilizó estas relaciones privilegiadas no sólo para promocionar a los suyos, sino para ocuparse del gobierno del Valle. Su importante capital relacional y sus conocimientos le conferirían una capacidad de acción y de consecución de objetivos notable, que hacía de él un hombre necesario y buscado por los miembros de la comunidad para mover sus asuntos. Así, por ejemplo, recurría a sus parientes de la corte, a su amigo el virrey de Navarra, a su amigo el obispo de Pamplona, o a sus relaciones en Roma, para solicitar la erección de tres nuevos beneficios patrimoniales en la parroquia de Errazu, para conseguir nuevos cauces de financiación para el hospicio de Elizondo (obra en la que estaban especialmente empeñados los patricios baztaneses en los años 1780), para mover negociaciones relacionadas con la conflictiva frontera de los Alduides con Francia, o para llevar pleitos en nombre de la comunidad, como el que ganó en Roma contra el rector y los patronos de la iglesia parroquial de Errazu.

Su situación en esa red de relaciones, fuera y dentro de la comunidad, comportaba diversas dimensiones. En primer lugar, reforzaba su posición ante las otras familias de notables, que podían necesitar su mediación para acceder a ciertas instancias elevadas y obtener determinados favores. Así, por ejemplo, fue requerido repetidas veces por notables del Valle para interceder ante el virrey de Navarra, Martín Álvarez de Sotomayor, con quien mantenía una amistad especial desde los tiempos de las guardias reales y las campañas de Italia. De este modo lo expresaba el propio Pedro José: «la honra que logro de ser conocido y aún favorecido de vuestra Excelencia, persuade a varios a que me busquen para interponerle mi ruego en sus pretensiones (...)»⁶⁹.

Igualmente, Pedro José Gastón de Iriarte era solicitado desde otras instancias políticas como hombre de reconocida influencia en el gobierno del Valle. Así, por ejemplo, se le pide que «esfuerce su celo y emplee su poder y autoridad», influyendo en la orientación de la política local para hacer que el Valle comprara acciones del Banco Nacional de San Carlos⁷⁰. Además, su influencia se extendía fuera de la comunidad. Así, por ejemplo, el conde de Ornano le escribe desde París, sabedor de «su poderoso influjo acerca del Tribunal de Contrabando en Pamplona», rogándole que interceda para liberar a un sujeto francés detenido por contrabando de tabaco⁷¹. Sin duda, el hecho de ser reconocido y solicitado de este modo desde altas instancias reforzaba, a su vez,

⁶⁹ ACGI, carta de Pedro José Gastón de Iriarte (Errazu) a Martín Álvarez de Sotomayor, 25 de mayo 1789.

⁷⁰ ACGI, carta de Felipe de Rivero (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 10 de octubre de 1782.

⁷¹ ACGI, carta del conde de Ornano (París) a Pedro José Gastón de Iriarte, 3 de febrero de 1789.

su prestigio y posición ante las demás familias principales del Valle. Incluso, a través de sus relaciones de parentesco y de amistad, sus posibilidades de influencia llegaban hasta los confines del Imperio colonial, como lo muestran las recomendaciones que le pide su sobrino Juan Félix de Dolarea, comerciante entre Cádiz y las Indias, ante el Presidente de Guatemala o ante un futuro virrey de México⁷².

Por otra parte, Pedro José Gastón de Iriarte gozaba de influencia y prestigio en la medida en que prestaba servicios a personajes poderosos y en que los inferiores acudían a él para conseguir su intercesión ante aquellos. Pedro José sirvió de mediador a personajes encumbrados que agradecían tener en el Valle a un hombre de confianza que se ocupara de diversos modos de sus casas de origen y familias, o que les prestara otros servicios. Aunque el Valle no era un espacio políticamente relevante, sí tenía un interés particular para aquellos personajes, en la medida en que estaban preocupados por la ayuda a sus familiares. De hecho, los favores que pudo prestarles Pedro José fueron importantes para ellos desde el punto de vista afectivo, como muestran las abundantes expresiones de agradecimiento que aquel recibía por sus servicios.

Su correspondencia epistolar revela algunos de los favores que parientes y paisanos le solicitaban desde la corte, o desde Cádiz y América. Así, por ejemplo, se ocupó de negociar matrimonios, de administrar pensiones⁷³, de entregar dinero para dotes o para limosnas a parientes pobres⁷⁴. También se le requería para ocuparse del futuro de jóvenes parientes, buscándoles acomodo y colocación en capellanías locales⁷⁵, o para intervenir con la máxima autoridad en determinados desarreglos domésticos, como cuando su primo Juan Francisco de Lastiri le ruega que expulse de su casa nativa al dueño, viudo de su hermana, que mantenía deshonorosos tratos concubinos con una criada⁷⁶.

Además, Pedro José no era solamente un hombre bien relacionado, sino que poseía una capacidad propia y unas competencias, sobresalientes a escala local, gracias a su instrucción, a sus conocimientos técnicos

⁷² J.M. IMÍZCOZ y R. GUERRERO, «Familias en la Monarquía. La política familiar de las élites vascas y navarras en el Imperio de los Borbones», en J.M. IMÍZCOZ (dir.), *Casa, familia y sociedad*, (en prensa).

⁷³ ACGI, Libro de cuentas de Pedro José Gastón de Iriarte.

⁷⁴ ACGI, carta de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 26 de junio de 1771, cartas del conde de Saceda (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 5 de marzo de 1784; carta de Pedro José Gastón de Iriarte (Errazu) al conde de Saceda, junio de 1784; carta de José Martínez Jimeno (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 21 de febrero de 1788.

⁷⁵ ACGI, carta de Juan Luis de Iribarren (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 20 de marzo de 1771.

⁷⁶ ACGI, cartas de Juan Francisco de Lastiri (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 9 de julio de 1760, 23 de julio de 1760 y 20 de octubre de 1760.

adquiridos en la carrera militar, a su práctica de la burocracia y del manejo del dinero, lo que le situaba en una posición privilegiada para prestar servicios. Por todo ello, se le instaba para ocuparse de la administración de bienes, de testamentarías, de servicios relacionados con la compra y venta de casas, incluso para dirigir la reconstrucción y arreglo de edificios⁷⁷. Mediando entre los parientes poderosos de la Monarquía y sus familias del Valle, ejercía también un papel de transmisor de noticias y voluntades. Un transmisor que era, sin duda, una de las pocas personas de la comunidad plenamente bilingües, que sabía leer, escribir y llevar cuentas y que, además, podía explicar y asesorar a las familias campesinas sobre los trámites administrativos y financieros, gracias en particular a sus informaciones privilegiadas. Así, por ejemplo, aconsejaba a casas amigas sobre inversiones ventajosas en la Renta del Tabaco, utilizando la información privilegiada que recibía de su asesor financiero en la corte, su sobrino segundo Juan Luis de Iribarren.

Por último, Pedro José gozaba también de una posición clave con respecto a los inferiores. Por su cauce llegaban recursos y favores, y los necesitados acudían a él para solicitar la ayuda de los poderosos, representando de este modo la cara más amable del poder. Así, por ejemplo, repartía las limosnas que su hermana María Felicia enviaba desde la corte, o entregaba las imágenes religiosas que aquella donaba a las parroquias de Errazu y Azpilcueta⁷⁸. Suministraba pensiones a los familiares de personajes como Francisco de Indaburu, tesorero de la reina Isabel de Farnesio, Andrés de Irigoyen, maestrescuela de la catedral de Málaga, los hermanos Iribarren, o los condes de Saceda⁷⁹. En sentido inverso, los dependientes recurrían a él para conseguir el favor y el medro. Así, se buscaba su influencia para obtener diversos beneficios, como una beca para estudiar en la Universidad de Salamanca⁸⁰, una plaza en el colegio seminario de San Juan Bautista de Pamplona⁸¹, recomendaciones

⁷⁷ ACGI, cartas de Juan Francisco de Lastiri (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 4 de septiembre de 1784, y 24 de mayo de 1787; carta de Pedro de Auricena (Cartagena) a Pedro José Gastón de Iriarte, 1 de marzo de 1785; cartas del conde de Saceda (Madrid) para Pedro José Gastón de Iriarte, 12 de febrero de 1785 y 9 de marzo de 1785; carta de Pedro Vicente de Echenique (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 25 de mayo de 1785.

⁷⁸ ACGI, cartas de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte (Errazu), 26 de junio de 1771, 4 de enero de 1775, 18 de enero de 1775, 24 de enero de 1775 y 8 de febrero de 1776.

⁷⁹ ACGI, Libro de cuentas de Pedro José Gastón de Iriarte.

⁸⁰ ACGI, cartas de Juan Bautista Pascual de Nieva (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 1 de agosto de 1787 y 13 de agosto de 1787.

⁸¹ ACGI, cartas de Ana Joaquina de Alduncin (Los Arcos) a Pedro José Gastón de Iriarte, 3 de enero de 1788 y 14 de enero de 1788.

para ingresar en algún cuerpo privilegiado del Ejército⁸², para acceder a un cargo eclesiástico⁸³, o para promocionar a alguien en su carrera⁸⁴.

En la relación entre personajes poderosos y parientes del Valle, Pedro José jugó un papel de intercesor en favor de los inferiores. Así, aparece en varias circunstancias elevando peticiones y abogando en favor de ellos para conseguir dotes⁸⁵, para obtener aprobaciones de matrimonios o de sucesiones en casas y palacios, para mantener pensiones, obtener limosnas, etc. Estas actuaciones como mediador se hacen especialmente patentes en su labor como administrador en el Valle de sus parientes los condes de Saceda. Como tal, se ocupaba de las propiedades del palacio de Goyenechea, o Lamiarrita, en Arizcun. Llevaba los contratos de arrendamiento y las cuentas, se ocupaba de las obras y arreglos, administraba una capellanía de la parroquia de Arizcun, y se encargaba de repartir las pensiones, dotes o dinero para gastos de bodas que los condes enviaban a sus parientes. Por su posición, Pedro José recibía las demandas y los agradecimientos de los interesados en esta administración, resolvía determinados asuntos con la autoridad que le daba la representación de los condes y elevaba a éstos peticiones en favor de personas que acudían a su intercesión, y cuyas expectativas quedaban en sus manos⁸⁶.

4. LA CELEBRACIÓN DEL DON: ENTRE EL GRUPO Y LA COMUNIDAD

Los historiadores del Arte han escrito bastante sobre el mecenazgo en el País Vasco y Navarra, pero se sabe aún muy poco sobre su significado social y político. No se ha planteado, por ejemplo, qué impacto podían tener aquellas realizaciones en la comunidad local, cómo se

⁸² ACGI, carta de Miguel José Gastón de Iriarte (Isla de León) a Pedro José Gastón de Iriarte, 14 de abril de 1788.

⁸³ ACGI, carta del obispo Juan Lorenzo Irigoyen y Dutari (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 4 de diciembre de 1771.

⁸⁴ ACGI, carta de Francisco Javier de Goicoa (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 10 de julio de 1788.

⁸⁵ ACGI, cartas de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 11 de enero de 1758, 1 de febrero de 1758, 22 de febrero de 1758, 22 de marzo de 1758; carta del conde de Saceda (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 9 de marzo de 1785; cartas de Nicolás de Irigoyen (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 16 de julio de 1785 y 21 de febrero de 1788.

⁸⁶ ACGI, cartas entre el conde de Saceda (Madrid) y Pedro José Gastón de Iriarte (Errazu), enero o febrero de 1784, 5 de marzo de 1784, junio de 1784, 9 de marzo de 1785 y marzo de 1785; carta de Nicolás de Irigoyen (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 16 de julio de 1785.

recibían, qué beneficios capitalizaba la familia del benefactor, o qué contrapartidas podía conllevar aquella generosidad.

Los ejemplos más notables de mecenazgo, como eran las grandes construcciones religiosas, muestran que la comunidad campesina celebraba estos acontecimientos con inauguraciones y actos religiosos de gran carga simbólica, en los que se reconocía públicamente al benefactor y, a través de éste, a su casa y familia, que le representaban y capitalizaban aquel prestigio ante los ojos de todos.

Un buen ejemplo de ello lo ofrece la construcción y posterior inauguración de la iglesia parroquial de Azpilcueta, adornada con buenos retablos e imágenes de excelente factura⁸⁷, que se edificó entre 1750 y 1752 gracias a la financiación⁸⁸ del obispo don Martín de Elizacochea⁸⁹. Natural de la casa Dorrea de Azpilcueta, Martín (1679-1756) se embarcó a América cuando el rey le hizo merced de una canongía de la catedral de México, el 18 de junio de 1717, y, tras ejercer como chantre, arcediano y deán del cabildo metropolitano de México, fue obispo de Durango de 1736 a 1745 y obispo de Michoacán de 1745 hasta su muerte, en 1756⁹⁰.

Aún en el contexto de «la hora navarra del XVIII», donar y construir una iglesia de nueva planta era un acontecimiento excepcional. La correspondencia entre don Martín de Elizacochea y su cuñado Antonio Gastón de Iriarte⁹¹, dueño de la casa Iriarte de Errazu, revela, entre otros aspectos, la capitalización de aquel mecenazgo por su familia y parentela. A lo largo del proceso de construcción, los parientes del obispo estuvieron siempre en primera fila. Desde el principio, la parentela

⁸⁷ M.^a C. GARCÍA GAINZA (dir.), *Catálogo monumental de Navarra*, V*, *Merindad de Pamplona*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994, pp. 320-325.

⁸⁸ La donación inicial fue de 6.000 pesos (ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de septiembre de 1750). Entre 1750 y 1759, la diócesis de Michoacán ingresaba 218.389 pesos de diezmo anual, cf. D.A. BRADING, *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*, México, FCE, 1994, p. 242.

⁸⁹ Además, entre otras donaciones, costeó las obras de la ermita de San Fermín (ACGI, carta de D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México) a Pedro José Gastón de Iriarte (Errazu), 1 de septiembre de 1754), envió a su pueblo natal 12.000 pesos con el fin de dotar capellanías, y redimió en Azpilcueta un censo que se pagaba a los duques de Granada de Ega (Marqués de Jaureguizar, *Nobiliario de Navarra. El palacio de cabo de Armería de Ripa: sus poseedores y casas con ellos entroncados*, Madrid, 1978, p. 41).

⁹⁰ L.M. GUTIÉRREZ TORRECILLA, «Martín de Elizacochea. Un navarro obispo en América (1679-1756)», *Príncipe de Viana*, mayo-agosto 1994, año LV, n.º 202, pp. 391-405.

⁹¹ J.M. IMÍZCOZ, R. GUERRERO, G. CASTELLANO DE GASTÓN, *Entre la aldea y la corte. Correspondencia epistolar de los Gastón de Iriarte en la hora navarra del XVIII*. (en prensa); G. CASTELLANO DE GASTÓN, «Baztanenses en América: Epistolario de un Eclesiástico, de un Indiano y de un Oficial de Artillería», *Segundo Congreso General de Historia de Navarra*, Pamplona, Príncipe de Viana, anejo 13, 1991, pp. 283-284.

festeja el importante donativo del pariente: «Hemos celebrado el que haya hecho la buena limosna de los seis mil pesos para la fábrica de la iglesia de Azpilcueta»⁹². Se tienen gestos de deferencia en honor del benefactor: «el oficial cantero (...) se ha obligado a cubrir la iglesia para el día de S. Martín de este año (...) y Vuestra Señoría Ilustrísima como principal interesado recibirá especial complacencia»⁹³. Antonio Gastón de Iriarte sigue de cerca los avatares de la empresa, trata con el rector, e informa puntualmente a don Martín de las gestiones con el patrono y con el obispo de Pamplona, de las dificultades que surgen en varias ocasiones, de los proyectos de construcción y de la evolución de las obras. Incluso, cuando es necesario adelanta dinero y moviliza a sus relaciones para conseguir liquidez: «adelanto yo de mi parte al rector para que vaya practicando algunas diligencias y solicite los materiales para dichos retablos, y lo mismo hacen otros amigos»⁹⁴. La iglesia va cuajando como un proyecto colectivo en el cual los familiares parecen especialmente implicados: «luego se pondrá en ejecución el acarreo de materiales, caleras y demás necesario, usufructuando los sobrinos en lo que buena mente pudieren ganar con sus bueyes y caballerías...»⁹⁵. Como se puede apreciar, el cuñado Antonio Gastón de Iriarte asume funciones de dirección, o de mediación, en representación del obispo, y otros parientes («los sobrinos») participan materialmente en el acarreo de materiales, siendo los primeros beneficiarios de aquella economía parental⁹⁶.

Las medidas y las apariencias son importantes desde el principio. El obispo Elizacochea «desea el que se haga una cosa buena»⁹⁷; el edificio se proyecta «dándole la anchura y largura correspondientes a una buena iglesia»⁹⁸, y «se va trabajando bellísimamente»⁹⁹. Luego, una

⁹² ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de septiembre de 1750.

⁹³ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 9 de febrero de 1751.

⁹⁴ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de junio de 1751.

⁹⁵ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de septiembre de 1750.

⁹⁶ Por otra parte, el contrato de cantería y carpintería se firmó, el 7 de enero de 1751, con Esteban de Ariztia, cantero, dueño de la casa Estebanea de Azpilcueta, y con los carpinteros José de Burguete, de Arizcun, y Andrés de Ariztia, respectivamente (M.^o C. GARCÍA GAINZA (dir.), *Catálogo monumental...*, p. 320). Es probable que estos Ariztia fuesen también parientes del obispo Elizacochea.

⁹⁷ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de junio de 1751.

⁹⁸ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 9 de febrero de 1751.

⁹⁹ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de junio de 1751.

vez terminada, los parientes recalcan la magnitud de la obra y ponen de relieve su carácter sobresaliente con respecto a las iglesias del entorno: «puedo asegurar a Vuestra Señoría Ilustrísima en cuanto a la fábrica de la Iglesia que verdaderamente ha quedado muy buena, excediendo en cuanto a su fábrica a las parroquias de aquí y de grandor será como la de Arizcun con corta diferencia»¹⁰⁰.

Antonio subraya la calidad de todo, especialmente de las tallas del retablo. Estas fueron esculpidas en Madrid por Luis Salvador Carmona, bajo la dirección de otro pariente poderoso, don Miguel Gastón de Iriarte, hombre muy relacionado con este taller, al que había encargado anteriormente diversas tallas para la Congregación de San Fermín de los Navarros¹⁰¹. El propio Antonio había pasado en Madrid entre seis y siete meses, invitado por su hermano don Miguel: «tuve al mismo tiempo el gusto y complacencia de ver como trabajaban los santos para la iglesia de Azpilcueta por dirección de mi hermano [que asegura] a Vuestra Señoría Ilustrísima son muy buenos y según los [...] muy apreciables gustándoles [a cuantos los ven] que en el Reino habrá pocos semejantes, pues hoy se trabaja en Madrid de lo mejor»¹⁰².

¿Qué repercusiones tuvo aquel mecenazgo en la pequeña aldea? Según Antonio, desde que llegó la noticia, «la gente está muy contenta y agradecida de lo mucho que hace Vuestra Señoría Ilustrísima por su Patria»¹⁰³. La exaltación del benefactor¹⁰⁴ y el papel central de su casa y de sus parientes brilló con particular claridad en torno a la traída de los santos y a la inauguración de la nueva iglesia parroquial.

Las tallas llegaron a Azpilcueta hacia el 25 de septiembre de 1752. Su traslado desde Pamplona fue un acontecimiento. Se transportaron «la Nuestra Señora del Rosario y Santa Bárbara en caballerías desde Pamplona, y el Patrón San Andrés a lomo de los vecinos del lugar por su grandor y volumen»¹⁰⁵. Este acarreo a hombros del santo patrón, a través de los montes, fue sin duda costoso. Parece, por la expresión, que los vecinos de la aldea cumplieron este trabajo en «auzolan», esto es,

¹⁰⁰ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 5 de diciembre de 1752.

¹⁰¹ M.^º C. GARCÍA GAINZA, *Luis Salvador Carmona en San Fermín de los Navarros*, Madrid, Real Congregación de San Fermín de los Navarros, 1990, pp. 14-15.

¹⁰² ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 5 de diciembre de 1752.

¹⁰³ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de junio de 1751.

¹⁰⁴ Un gran retrato de cuerpo entero del obispo Elizacochea, datado de 1751, se halla en un muro del presbiterio. Agradezco las indicaciones y la consulta del Archivo parroquial a D. Juan Felipe Franchet.

¹⁰⁵ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 5 de diciembre de 1752.

en «trabajo de barrio o aldea», según la costumbre que se ha seguido tradicionalmente en el mundo rural vasco para ejecutar muchas obras colectivas. Así, por ejemplo, mediante estos trabajos, los vecinos han participado, todavía en el siglo XX, en la reconstrucción de iglesias parroquiales como las de Irurita o Lecároz, o en la refección de sus cementerios, plazas, puentes y caminos. Estos «auzolanes» han tenido tradicionalmente un notable poder aglutinador y han sido un elemento que reforzaba la identidad colectiva y el sentimiento comunitario. Para los hombres que trajeron a lomos a su santo patrón, se trató sin duda de un trabajo de aldea y aquellos santos, como la nueva iglesia, como sin duda su benefactor, cobraron un significado especial para la comunidad.

La inauguración de la nueva iglesia parroquial tuvo lugar el 15 de octubre de 1752 y la gente de Azpilcueta se mostró, al decir de Antonio, «muy gustosa». Habitualmente parco en palabras, Antonio se extiende inusitadamente en describir los actos al obispo. Parientes de la corte vinieron a la aldea para preparar y celebrar el acontecimiento. En particular, don Miguel Gastón de Iriarte dirigió de alguna manera la representación de la familia en aquellas circunstancias tan notables: «mi hermano D. Miguel tuvo el gusto de que en nombre de la Estefanía como hermana de Vuestra Señoría Ilustrísima se hiciese convite a toda la clerecía del Valle, Parientes de Vuestra Señoría Ilustrísima y gente de distinción de él para la dicha función»¹⁰⁶.

Aquella mañana del 15 de octubre se hizo procesión solemne, que pasó por la era de la casa del obispo, reconstruida magníficamente unos años antes, gracias también a sus donativos. Luego se celebró misa mayor, oficiada por clérigos relevantes de la parentela y adornada con un sermón apropiado, que probablemente, como en otras ocasiones, sirvió como caja de resonancia de la generosidad y méritos del benefactor: «Se formó la procesión llevando en ella los Santos nuevos a excepción del San Andrés que tuvieron por conveniente el ponerlo en su lugar a fin de que no sucediese alguna quiebra al tiempo de andar, y fue la dicha procesión calle arriba dando vuelta por la era de la casa de Vuestra Señoría Ilustrísima así como lo efectúan el día de Corpus Christi. Después de ésta [entró a] misa mayor que la celebró el Sr. Dn. [Juan] Lorenzo de Irigoien, Prior de Velate¹⁰⁷, siendo el orador un hermano suyo electo rector de Almandoz, mozo de especiales talentos, que se desempeñó a gusto de todos los oyentes»¹⁰⁸.

¹⁰⁶ *Ibid.*

¹⁰⁷ Juan Lorenzo de Irigoien y Dutari, nativo de la casa Buztinaga de Errazu, era entonces el clérigo más notable del círculo de los Gastón de Iriarte en el país, y llegaría a ser obispo de Pamplona entre 1768 y 1778.

¹⁰⁸ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 5 de diciembre de 1752.

Por último, se invitó a una comida en la casa nativa del obispo, muy concurrida en número y calidad: «después de acabada la misa, concurrió la gente a casa de Vuestra Señoría Ilustrísima donde [se pasó] alegremente, habiendo habido de concurso hasta cerca de doscientas personas en dicha casa»¹⁰⁹. Antonio deja claro en su carta lo granado de los personajes que participaron en la fiesta y la posición central de la casa del obispo y de su familia en medio de todos: «y después de ella a comer a la casa de Vuestra Señoría Ilustrísima [a la que], por habernos parecido muy correspondiente a lo que estaba haciendo [por su Patria] y por la casa se hiciese con la debida [demostración], concurrió la mayor parte de la clerecía, Parientes de Vuestra Señoría Ilustrísima y toda la gente principal y mucho [concurso] del Valle y fuera (d)él [como no] se ha visto en estas montañas»¹¹⁰.

Como en otras ocasiones, también en este caso la acción del benefactor sirvió para aglutinar la solidaridad y apoyo de otros parientes y allegados: «en vista de lo que Vuestra Señoría Ilustrísima está haciendo por su Patria, han querido también algunos hijos suyos hacer tal cual memoria y uno de ellos [mi] yerno Dn. Francisco de Indaburu que envió consigo un tern[o] entero de damasco blanco y [encarnado], un incensario de plata trabajado en Madrid, y también parece que el sobrino Dn. Juan de Ariztia¹¹¹ y un primo suyo están en enviar alguna otra cosa [que] hasta ahora no puedo decir de si serán cosas de [...] [o] vinajeras de plata con platillo y campanilla correspondiente, y así bien otro hijo del lugar, de la casa de Mendiberria de Apaioa¹¹², envía un cáliz con que poco a poco irá el Sr. Rector recibiendo cosas para su Iglesia»¹¹³. Una vez más, se observa cómo el círculo de parientes notables se asocia al patrocinio de sus parientes principales, reforzándolo. Podemos pensar que, en contrapartida, capitalizaban los efectos prestigiosos de esa donación, que los propios parientes se encargaban de publicitar, asociándose con quien tanto «está haciendo por su Patria».

A través de todo el relato, se observan algunos elementos de esta capitalización política del patronazgo, siguiendo pautas bastante comunes en las relaciones de poder, como hemos visto a propósito de la mediación. Por un lado, Antonio, como mediador, hace valer ante el obispo benefactor su papel y el de los suyos: sus gestiones de dirección, las

¹⁰⁹ *Ibid.*

¹¹⁰ *Ibid.*

¹¹¹ Juan de Ariztia y Elizacochea (Azpilcueta, 1701-1784) fue canónigo de San Ildefonso y de Toledo y prior de Rocesvalles a partir de 1760.

¹¹² La casa Mendiberria del barrio Apayoa, en Azpilcueta, estaba emparentada con el círculo de los Indaburu, Elizacochea y Gastón de Iriarte.

¹¹³ ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 5 de diciembre de 1752.

actuaciones de su hermano don Miguel en los talleres de la corte y en la representación política de la parentela ante los notables de la comarca y ante la comunidad, la participación ilustre de los eclesiásticos amigos de la familia, así como las contribuciones de otros familiares. Exactos o exagerados, en una economía grupal los méritos de los miembros más allegados del círculo social tienden a ser potenciados.

Por otra parte, los beneficios políticos de aquel mecenazgo en la comunidad fueron capitalizados especialmente por el mediador. En efecto, la familia del obispo no destacaba especialmente por su estatuto ni por sus relaciones, y, de hecho, en el relato quedan en un segundo plano, mientras que los Gastón de Iriarte eran una familia principal del Valle y hombres del núcleo duro de los baztaneses encumbrados en la corte. Incluso, es muy probable que el obispo don Martín debiera en parte su carrera al entronque de su familia con este grupo cortesano. En cualquier caso, son los Gastón de Iriarte, su familia política, los que asumen en el Valle la representación del obispo benefactor, los que convocan a los notables del país y los que definitivamente capitalizan esa posición prestigiosa como autoridades respetables.

Afines y enemigos: una geometría variable en contextos grupales

Por debajo de las apariencias comunitarias, la comunidad no era un todo unitario. Las donaciones, los servicios o las acciones de gobierno se inscribían en el contexto grupal de las afinidades o rivalidades, sobre todo entre notables, que articulaban las relaciones del entramado social. La percepción y los efectos de estos hechos dependían, favorable o desfavorablemente, de esas afinidades y se inscribían, por lo tanto, en una determinada geometría de las relaciones de poder.

Las buenas relaciones sustentaban solidaridades, publicidad, prestigio y celebraciones. La inauguración de la nueva iglesia que hemos visto, por ejemplo, se inscribía en el contexto de las excelentes relaciones de las familias Elizacochea, Gastón de Iriarte e Indaburu con el rector de Azpilcueta, Martín de Echenique, y con el patrono de la iglesia, el duque de Granada de Ega. Fue el propio rector el que había solicitado la generosidad del obispo don Martín. Luego, reiteradas veces se vio ayudado por los Gastón de Iriarte y por los Indaburu. En diversas ocasiones, por ejemplo, Francisco de Indaburu y María Felicia Gastón de Iriarte hicieron llegar desde la corte imágenes religiosas para la iglesia y abundantes limosnas para repartirlas entre los pobres de la parroquia¹¹⁴.

¹¹⁴ ACGI, cartas de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 27 de agosto de 1766; 8 de febrero de 1776; 8 de junio de 1776; 14 de agosto de 1776.

Estas familias también entretenían buenas relaciones con los lejanos duques de Granada de Ega, a cuya casa había ido a parar el patronato de la iglesia, al filo de los matrimonios de la familia Azpilcueta desde finales de la Edad Media. La familia Elizacoechea era la administradora de los intereses del duque en la aldea. En aquel contexto afín se daban intercambios satisfactorios. Así, por ejemplo, el duque solicitaba favores a Pedro José Gastón de Iriarte y se los agradecía poniéndose a su entera disposición, como cuando en 1768 le agradece sus gestiones para «comprar caballo que me sirviese para montar y cazar» y le reitera «cuanto le estimo y que puede mandarme con satisfacción lo que se le ofrezca»¹¹⁵.

En cambio, en otros casos, las enemistades o rivalidades entre poderosos generaban resistencias, incluso cuando se trataba de generosas donaciones. Este fue el caso del rector de Errazu, enfrentado a los Gastón de Iriarte, con las espléndidas imágenes enviadas desde la corte por María Felicia Gastón de Iriarte. En 1766, María Felicia envió un «Santísimo Cristo» para la iglesia de Errazu y en 1776 varias tallas más: una virgen del Rosario para la parroquia de Errazu y otra imagen del Rosario, un San Joaquín y una Santa Ana para la iglesia de Azpilcueta. En Azpilcueta las imágenes fueron recibidas «con solemnidad» y María Felicia expresaba así su agrado: «he tenido mucha complacencia por la noticia que me das de que las imágenes están ya en sus respectivas iglesias y que la de Azpilcueta trasladasen con solemnidad a la suya». Al contrario, su donación fue mal recibida en la parroquia de Errazu: «la de esa parroquia como ahí se acostumbra, a tapujones. Al señor rector de Arizcun no le ha cogido de nuevo, pues ya lo decía de antemano lo que había de suceder. Está gracioso sobre este asunto, que me hace reír algunos ratos, y haciendo yo memoria de lo que me toreaba mi difunto Indaburu diciendo que hasta el Santísimo Cristo fue mal recibido de los de Errazu y le digo [al rector de Arizcun] que si viviera [Indaburu] harían buen par los dos»¹¹⁶.

Estas resistencias se explican en un contexto de rivalidades locales. Los Gastón de Iriarte formaban parte de las nuevas elites emergentes que destacaron en aquella «hora navarra del XVIII» y que conquistaron la hegemonía social y el gobierno municipal desde finales del siglo XVII, turnándose en las alcaldías del Valle, mientras que la familia del rector de Errazu —el palacio de Apezteguía— formaba parte de los señores de palacio que habían gobernado la comunidad en el pasado y que se habían

¹¹⁵ ACGI, carta del duque de Granada de Ega (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 16 de junio de 1768.

¹¹⁶ ACGI, carta de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 14 de agosto de 1776.

visto desbancados por las nuevas elites. En este contexto, en los años 1760, los vecinos de Errazu, encabezados por Pedro José Gastón de Iriarte, habían mantenido diversos pleitos contra el rector de la parroquia, D. Antonio Bautista de Gaztelu, y contra su padre y hermano, D. Pedro José y D. Andrés de Gaztelu, del palacio de Apezteguía de Errazu, en torno a los derechos de patronato de dicho palacio sobre la iglesia parroquial¹¹⁷.

De todos modos, la situación no era peligrosa para la hegemonía de los Gastón de Iriarte. Sus relaciones influyentes les permitían controlar el gobierno del Valle y ganar por elevación hasta los pleitos en Roma, mientras que el palacio de Apezteguía quedaba marginado de las alcaldías a lo largo del siglo. Como se puede apreciar, la pequeña resistencia del rector de Errazu no era motivo de preocupación, sino más bien objeto de chanzas entre los miembros de la familia y sus amistades.

Durante el siglo XVIII, los miembros de estas familias gobernaron la comunidad con el voto unánime de los vecinos congregados en las juntas generales del Valle que elegían a los alcaldes cada tres años. A lo largo del siglo, nuevos prohombres y ricos indianos que volvían al país se fueron incorporando a este grupo de parientes y aliados, sobre todo por casamiento. Sin embargo, la hegemonía triunfante de las elites de «la hora del XVIII» era un gigante con los pies de barro, como mostrarían las fracturas sociales y políticas de las primeras décadas del siglo XIX. Por un lado, la hegemonía de aquellas elites se había establecido al precio de desplazar a otras, que nunca lo perdonaron¹¹⁸. Por otro, la política de «corte liberal» de estos nuevos dirigentes amenazó de diversos modos la tradición de la comunidad, provocando notables fracturas y desacreditando las bases consuetudinarias que habían legitimado tradicionalmente la autoridad.

¹¹⁷ ACGI, cartas entre Pedro José Gastón de Iriarte (Errazu) y Francisco Javier Celada (Roma), 21 de noviembre de 1763 y 2 de febrero de 1764; cartas entre Pedro José Gastón de Iriarte (Errazu) y Ambrosio Lilli (Roma), 27 de noviembre de 1766, 6 de mayo de 1767, 24 de septiembre de 1767, 31 de octubre de 1767 y 9 de diciembre de 1767; Papeles sueltos.

¹¹⁸ Las rivalidades entre nuevas y viejas elites que se produjeron con el ascenso de «la hora del XVIII» fueron tenaces y tuvieron consecuencias incluso más allá de los enfrentamientos de la primera guerra carlista. Así lo recordaría, en una carta de 1849, el obispo de Zamora don Miguel José de Irigoyen y Dolarea a su sobrino José María Gastón, cuando aquel fue elevado al obispado de Calahorra-La Calzada: «... todos se han alegrado en esa [tierra] con la noticia (...) [con] la excepción del dueño de Apezteguía, pues no podrá esperar tanto influjo, como cuando fueron arrinconados en la Sacristía los pobres San Joaquín y Santa Ana, que regaló la buena tía D.^a Felicia Gastón, y les privaron de la veneración pública sus gloriosos y piadosos antecesores...», ACGI, carta de Miguel José de Irigoyen y Dolarea (Zamora) a José María Gastón, 5 de diciembre de 1849.